



Pericles y Fabio Máximo

Vidas Paralelas

Plutarco

1

Viendo César en Roma ciertos forasteros ricos que se complacían en tomar y llevar en brazos perritos y monitos pequeños, les preguntó, según parece, si las mujeres en su tierra no parían niños; reprendiendo por este término, de una manera verdaderamente imperatoria, a los que la inclinación natural que hay en nosotros al amor y afecto familiar, debiéndose a solos los hombres, la trasladan a las bestias. Puesto que nuestra alma es por naturaleza curiosa y ávida de espectáculos, ¿no es razonable censurar a los que abusan de este instinto, consagrándolo a lecciones y espectáculos indignos de atención y despreocupándose, por otra parte, de las cosas bellas y útiles? Porque a los sentidos, como obran pasivamente, al recibir la impresión de cualquiera objeto puede serles preciso reparar en lo que los hiere, bien sea provechoso, o bien inútil; mas de la razón a cada uno le es dado usar como quiere, y dirigirla fácilmente al objeto que le parece o apartarla de él. Conviene, por tanto, volverla a lo mejor, no para examinarlo sólo, sino para alimentarse y recrearse con su contemplación. Porque así como al ojo aquel color le es conveniente que con su vivacidad y blandura excita y recrea la vista, así también conviene emplear la inteligencia en objetos que con recreo la inclinen hacia el bien que le es natural y propio. Tales son las obras y acciones virtuosas que con sólo que se refieran engendran cierto deseo y prontitud capaces de conducir a su imitación; pues en las demás, al admirar sus frutos o productos no suele seguirse el conato de ejecutarlas, antes por el contrario, muchas veces, causándonos placer la obra, miramos mal al artífice, como sucede con los ungüentos y la púrpura; estas cosas nos gustan, pero a los tintoreros y aparejadores de afeites los tenemos por mecánicos y serviles. Por esto Antístenes, habiendo oído de Ismenias que era buen flautista, repuso, con razón: “Pero hombre baladí, pues a no serlo, no sería tan diestro flautista”; y Filipo, a su hijo,

que en un festín había cantado con gracia y habilidad: “¿No te avergüenzas, le dijo, de cantar tan diestramente? Porque a un rey le basta, cuando tenga vagar, oír a los que cantan, y da bastante a las Musas con presenciar los certámenes de los que en ellas sobresalen”.

2

La ocupación, pues, en las cosas serviles halla contra sí misma confirmación que la convenza de desidia hacia la virtud en el trabajo que se emplea en los negocios fútiles; pues ningún joven de generosa índole, o por haber visto en Pisa la estatua de Zeus ha deseado ser un Fidias, o un Policleto por haber visto en Argos la de Hera; ni un Anacreonte, un Filemón, o un Arquíloco, por haber oído los versos de estos poetas, pues no es preciso que, porque la obra deleite como agradable, sea digno de estimación el artífice. Portanto, es visto que no son de provecho para los espectadores aquellas cosas que no engendran celo de imitación, ni tienen por retribución el incitar al deseo y conato de aspirar a la semejanza; mas la virtud es tal en sus obras, que con el admirarlas va unido al punto el deseo de imitar a los que las ejecutan; porque en las cosas de la fortuna lo que nos complace es la posesión y el disfrute; pero en las de la virtud, la ejecución; y aquellas queremos más que nos vengan de los otros, y éstas, por el contrario, que las reciban los otros de nuestras manos; y es que lo honesto mueve prácticamente y produce al punto un conato práctico y moral, infundiendo un propósito saludable en el espectador, no precisamente por la imitación, sino por sola la relación de los hechos. De aquí nació en mí el propósito de proseguir este género de escritura relativo a las Vidas, y éste es el décimo libro que componemos, que contiene las de Pericles y de Fabio Máximo, el que combatió con Aníbal, varones parecidos entre sí en otras virtudes, pero muy especialmente en la mansedumbre y la justicia, y en haber sido ambos muy útiles a sus patrias con saber llevar las injusticias de los pueblos y de sus colegas; si acertamos o no en nuestro juicio, podrá verse lo que escribimos.

3

Era Pericles, por la tribu, Acamántida, y por su demo, Colargeo, y de los primeros por su casa y linaje, así por parte de padre como de madre. En efecto: Jantipo, el que venció en Mícala a los generales del rey, se casó con Agarista, descendiente de Clístenes, el que arrojó a los Pisistrátidas, y destruyó valerosamente la tiranía, publicando leyes y estableciendo un gobierno el más acomodado para la concordia y el bienestar. Parecióle a aquella entre sueños que paría un león, y de allí a breves días dio a luz a Pericles, que en toda la demás conformación de su cuerpo no tenía defecto, y solamente la cabeza era muy prolongada y desmedida. Por esto en casi todas sus estatuas se le retrata con yelmo, no queriendo, según parece, mortificarle los artistas; y los poetas áticos le llamaban esquinocéfalo, cabeza de albarrana, porque a esta especie de cebolla llamada escila algunos le decían esquino. De los poetas cómicos, Cratino en Los Quirones dice: La sedición y el ya canoso tiempo en unión monstruosa se ayuntaron; y un tirano nació, que de los Dioses fue congregacabezas saludado. Y también en la Némesis: ¡Ven ¡oh Zeus hospedero y bienhadado! Teleclides, en un lugar, dice que, dudoso con los negocios, se sentaba en la ciudad muy cargado de cabeza, y en otro lugar, que él solo, con su cabeza descomunal, movía grande alboroto. Y Éupolis, en su comedia Los populares, preguntado sobre cada uno de los demagogos que iban volviendo del infierno, cuando en último lugar se nombró a Pericles: ¿A qué ahora trajiste de allá bajoa ése que de todos es cabeza?

4

Muchos escriben que fue Damón su maestro en la música, diciendo que la primera sílaba de este nombre debe pronunciarse breve; pero Aristóteles es de opinión que se dedicó a la música bajo la enseñanza de Pitoclides. Lo que se infiere es que Damón, que

era consumado sofista, quiso tomar por pretexto el nombre de la música, disfrazando así para con la muchedumbre su principal habilidad; pues estaba al lado de Pericles como de un atleta, sirviéndole de unguentario y maestro en las cosas públicas. Ni se dejó de echar de ver que Damón tomaba la lira por pretexto y disimulo; antes luego que, como hombre de peligrosos intentos y favorecedor de la tiranía, fue condenado al ostracismo, dio por aquella causa materia a los poetas cómicos; de los cuales, Platón hace que uno le pregunte, en cabeza de aquel, de esta manera: A esto ante todas cosas da respuesta. ¡Es común opinión que tú, oh perverso, fuiste quien a Pericles educaste! Oyó también Pericles a Zenón Eleata, que trató de las cosas naturales al modo de Parménides, y practicó por vez primera un método dialéctico tan sutil y lleno de argucias, que desconcertaba al adversario, según que Timón Flasio lo indicó en estos versos: Era grande el poder, mas no engañoso, de Zenón doble-lengua; que de todos, como abeja, solícita escogía. Mas quien siempre asistió al lado de Pericles, quien le infundió principalmente aquella altivez y aquel espíritu domeñador de la muchedumbre, y quien dio majestad y elevación a sus costumbres, fue Anaxágoras de Clazómenas, al cual los de su edad le apellidaban Inteligencia, o admirando su grande prudencia y sus singulares y adelantados conocimientos en las cosas físicas, o porque fue el primero que estableció por principio ordenador de todos los seres, no el acaso o la necesidad, sino una razón pura e ilibada, difundida en todas las cosas, que puso diferencias entre las que eran semejantes y estaban mezcladas.

5

Gustaba extrañamente Pericles de este filósofo, y, penetrado de su doctrina sobre los fenómenos celestes y de su metafísica sublime, no solamente adquirió, como era natural, un ánimo elevado y un modo de decir sublime, puro de toda chocarrería y vulgaridad, sino que con su continente inaccesible a la risa, con su modo grave de andar, con toda la disposición de su persona, imperturbable en el decir, sucediera lo que sucediese, con el tono inalterable de su voz, con todas estas cosas sorprendía maravillosamente a todos. Estuvo en una ocasión un hombre infame y disoluto insultándolo todo el día, y lo aguantó, aun en la plaza, mientras tuvo que despachar los negocios que ocurrieron: a la tarde se retiraba tranquilo a casa, y aquel hombre se puso a seguirle, vomitando contra él toda suerte de dicerios: llegó a casacundo ya había oscurecido, y mandó a un criado que tomase un hacha y fuese acompañando a aquel hombre hasta su posada. El poeta Ion dice que el trato de Pericles era arrogante y soberbio, y que a lo jactancioso se reunía en él cierta altivez y desprecio de los demás; y celebra a Cimón de atento, de afable y de festivo en las concurrencias. Pero sin hacer caso de Ion, que, al modo que en la representación trágica, quiere que también en la virtud haya un poquito de sátira, a los que a la gravedad de Pericles le daban el nombre de arrogancia y soberbia los exhortaba Zenón a que ellos también se mostraran orgullosos de modo semejante, para que la ficción de lo bueno engendrara en sus ánimos, sin que lo echasen de ver, recta imitación y costumbre.

6

Ni sólo este fruto sacó Pericles de su comunicación con Anaxágoras, sino que parece haberse hecho con ella superior a la superstición, que infunde terror en los efectos meteóricos y naturales a los que ignoran sus causas, y en las cosas divinas, a los que con ellas deliran, y se asustan por falta de experiencia; pues la ciencia física la disipa inspirando, en lugar de una superstición tímida y vana, una piedad sólida, acompañada de las mejores esperanzas. Cuéntase que trajeron una vez a Pericles la cabeza de un carnero que no tenía más de un solo cuerno, y que Lampón el adivino, luego que vio el cuerno fuerte y firme que salía de la mitad de la frente, pronunció que, siendo dos los bandos que dominaban en la ciudad, el de Tucídides y el de Pericles, sería de aquel el

mando y superioridad en el que se verificase aquel prodigio; pero Anaxágoras, abriendo la cabeza, hizo ver que el cerebro no llenaba toda la cavidad, sino, que formaba punta como huevo, yendo en disminución por toda aquella hasta el punto en que la raíz del cuerno tomaba principio. Por lo pronto, Anaxágoras fue muy admirado de los que se hallaron presentes; pero de allí a poco lo fue también Lampón, cuando, desvanecido el poder de Tucídides, recayó en Pericles todo el manejo de los negocios públicos. Mas a lo que entiendo, ninguna oposición o inconveniente hay en que acertasen el físico y el adivino, y que atinase aquel con la causa, y éste con el fin; siendo de la incumbencia del uno el examinar de dónde y cómo provenía, y del otro, pronosticar a qué se dirigía y qué significaba. Los que son de opinión de que el hallazgo de la causa es destrucción de la señal no reparan en que juntamente con las señales de las cosas divinas quitan las de las artificiales y humanas: el ruido de los discos, la luz de los faros, la sombra del puntero de los relojes de sol, cada una de las cuales cosas por artificio y disposición humana es signo de otra. Mas esto quizás es más bien asunto de otro tratado que del presente.

7

Pericles ya desde joven se iba con mucho tiento con el pueblo, porque en la conformación del rostro era muy parecido a Pisístrato el tirano, y los más ancianos admiraban en él, cuando le oían hablar, lo dulce de la voz y la volubilidad y prontitud de la lengua por la misma semejanza. Siendo además expectable por su riqueza y su linaje, y teniendo amigos de mucho poder, de miedo del ostracismo ninguna parte tomaba en las cosas de gobierno; pero en las expediciones militares se acreditaba de valeroso y arriscado. Cuando ya murió Arístides, Temístocles fue condenado, y Cimón estaba constantemente con la escuadra fuera de la Grecia, se fue Pericles aproximando al pueblo, con tal arte que tomó la causa de la muchedumbre y de los pobres, en vez de la de los pocos y los ricos, no obstante que su carácter nada tenía de popular, sino que temeroso, a lo que parece, de caer en sospecha de tiranía, y observando que Cimón era aristocrático y muypreciado de lo mejor de la ciudad, se puso del lado de los muchos, tanto para labrarse su seguridad propia, como para formar contra éste un partido poderoso. Aun en lo relativo al método de vida tomó desde entonces otro sistema; porque parece que para él no había en la ciudad otro camino que el de la plaza pública y el consejo: ¡de tal modo dio de mano a los convites para festines y a toda clase de reunión y concurrencia! Así, en todo el tiempo que mandó, que fue muy largo, no se le vio concurrir a convite alguno en casa de ningún ciudadano, sino únicamente en la boda de su primo Euríptólemo, en la que estuvo hasta las libaciones, y luego se levantó. Porque las concurrencias llevan mal todo lo que es altivez, y es muy difícil en la familiaridad conservar aquella gravedad que da opinión. Mas en la verdadera virtud, lo más loable es lo que más se manifiesta al público, y en los hombres buenos nada hay tan admirable para los de afuera como lo es su vida cotidiana para los de su casa; pero éste, huyendo respecto del pueblo la relación continua y el fastidio, no se le presentaba sino como escatimándose, ni hablaba en todo negocio, ni siempre se mostraba al público, sino que, reservándose para los casos de importancia, como de la nave de Salamina, dice Critolao, las demás cosas las ejecutaba por medio de sus amigos o de oradores de su partido; de los cuales se dice que era uno Efiálfes, que fue el que debilitó la autoridad del Areópago, escanciando a los ciudadanos, según expresión de Platón, una grande e inmoderada libertad, con la que el pueblo, como caballo sin freno, según que se lo echan en cara los poetas cómicos: No tuvo a bien mostrarse ya sumiso, sino morder osado a la Eubea, y hacer insultos a las otras islas.

8

A este orden de vida y a la elevación de su ánimo procuraba acomodar, como órgano conveniente, su lenguaje, para lo que consultaba frecuentemente a Anaxágoras,

coloreando con la ciencia física, como con un tinte retórico, la dicción. Porque reuniendo aquel, por sus conocimientos en la física, la razón sublime obradora de todo, como dice el divino Platón, a su excelente natural, y juntando siempre lo conducente con el artificio en el decir, se aventajó mucho a todos los demás; y de aquí dicen que tuvo el sobrenombre; aunque hay quien diga que de los primores con que adornó la ciudad, y otros que de su autoridad en el gobierno y en los ejércitos, le vino el que le llamasen Olimpio: bien que nada de extraño habría en que todas estas cosas hubiesen contribuido en aquel hombre insigne para esta gloriosa denominación. Mas las comedias de sus contemporáneos lanzaron por entonces muchas voces serias o ridículas contra él; de su modo de decir muestran habersele originado principalmente el tal sobrenombre porque decían de él que tronaba, que lanzaba centellas, y que llevaba en la lengua un tremendo rayo, cuando hablaba en público. Hácese también mención en este punto de un dicho de Tucídides, hijo de Melesio, que expresa con gracia la destreza de Pericles. Era Tucídides hombre recto y bueno, y en el gobierno había estado largo tiempo en contradicción con Pericles. Preguntándole, pues, Arquidamo, rey de los Lacedemonios, cuál de los dos, Pericles o él, era mejor combatiente, “cuando le he derribadodijo-, luchando con él, luego replica que no ha caído, que vence, y se los persuade a los que se hallan presentes”. El mismo Pericles era tímido y circunspecto en el decir; y así, al subir a la tribuna, pedía siempre a los Dioses que no se le escapase, sin advertirlo, ni una sola palabra que no fuese acomodada a su intento y a lo que éste pedía. Y lo que es escrito no dejó nada, a excepción de los decretos; pero se conservan en la memoria unos cuantos dichos suyos notables, muy pocos; cual es haber dispuesto que como una legaña se separase a Egina del Pireo, y aquello de decir: “Me parece que veo ya la guerra venir del Peloponeso”. Y en una ocasión en que Sófocles, su colega en el mando, hizo con él un viaje de mar, celebrando éste de lindo a un mocito: “Un general- le dijo- no sólo ha de tener puras las manos, sino también los ojos”. Y Estesímbroto refiere que, elogiando en la tribuna a los que había muerto en Samo, dijo que “se habían hecho inmortales, como los Dioses, porque tampoco a éstos los vemos, sino que de los honores que se les tributan y de los bienes que nos dispensan conjeturamos que son inmortales, y esto mismo cuadra a los que mueren por la patria”.

9

Tucídides nota de aristocrático el gobierno de Pericles, diciendo que, aunque en las palabras era democrático, en la realidad era mando de uno solo; y otros muchos han escrito que bajo él fue por la primera vez seducida la plebe con repartimientos y con pagarle los espectáculos y darle jornal; con las cuales disposiciones se la acostumbró mal, y se hizo pródiga e indócil, de templada y laboriosa que antes era: veamos, pues, por los hechos mismos, cuál fue la causa de esta mudanza. Contrarrestando Pericles en el principio, como hemos dicho, a la gloria de Cimón, se adhirió a la muchedumbre; mas siendo inferior en riqueza e intereses, con los que éste ganaba a los pobres, dando cotidianamente de comer a los Atenienses necesitados, vistiendo a los ancianos y echando al suelo las cercas de sus posesiones para que tomaran de los frutos los que quisiesen, frustrado Pericles con estas cosas, recurrió al repartimiento de los caudales públicos aconsejándose así Damónides de Ea, según testimonio de Aristóteles. Con las dádivas, pues, para los teatros y para los juicios, y con otros premios y diversiones, corrompió a la muchedumbre, y se valió de su poder contra el consejo del Areópago, en el que no tenía parte, por no haberle cabido en suerte ser o Arconte, o Tesmoteta, o Rey, o Polemarco; porque estos empleos eran sorteables de antiguo, y de ellos los ciudadanos más aprobados pasaban al Areópago; por esta causa, cuando Pericles tuvo gran influjo en el pueblo, le convirtió contra este consejo, consiguiendo quitarle el conocimiento de muchos negocios por medio de Efiates, y hacer salir desterrado a Cimón, como

apasionado de los Lacedemonios y desafecto a la muchedumbre: varón que a nadie cedía en hacienda y linaje, que en muchos combates había alcanzado brillantes victorias de los bárbaros, y que con grandes sumas y cuantiosos despojos había enriquecido la ciudad, como lo escribimos en su vida: ¡tal era el poder de Pericles en el pueblo!

10

No se acababa por la ley el ostracismo, para los que sufrían, esta especie de destierro, hasta los diez años; pero en este medio tiempo los Lacedemonios invadieron el territorio de Tanagra, y marchando al punto los Atenenses contra ellos, Cimón, volviendo de su destierro, tomó las armas, y formó con los de su tribu, queriendo purgar con obras la sospecha de laconismo peleando al lado de sus conciudadanos; pero los amigos de Pericles se agruparon, y lo hicieron desear como desterrado. Por esto mismo pareció que Pericles peleó en aquella ocasión con mayor denuedo, y se distinguió sobre todos, poniendo a todo riesgo su persona. Percieron allí los amigos de Cimón, todos a una, a los que Pericles había acusado también de laconismo; y los Atenenses llegaron ya a arrepentirse y echar menos a Cimón, viéndose vencidos en las mismas fronteras del Ática, y esperando más violenta guerra todavía para el verano. Echólo de ver Pericles, y no sólo no tuvo dificultad en dar gusto a la muchedumbre, sino que él mismo escribió el decreto por el que Cimón había de ser restituido; el cual, luego que volvió, hizo la paz entre ambas ciudades, porque los Lacedemonios le miraban con inclinación, así como estaban mal con Pericles y con los demás demagogos. Algunos son de sentir que no se decretó por Pericles la restitución de Cimón, sin que antes se hiciera entre ambos, por medio de Elpinice, hermana de éste, un tratado secreto: de modo que Cimón daría al punto la vela con doscientas galeras para mandar fuera las tropas, y a Pericles le correspondería quedar con el mando en la ciudad. Parece que ya antes la misma Elpinice había suavizado para con Cimón el ánimo de Pericles cuando aquel tuvo que defenderse en la causa capital. Era Pericles uno de los acusadores, elegido por el pueblo, y habiéndosele presentado Elpinice en clase de suplicante, sonriéndose le respondió: “Vieja estás, Elpinice, vieja estás para salir adelante con tales asuntos”; mas con todo, sola una vez se levantó a hablar, no más que por cumplir con su nombramiento; y luego se retiró, habiendo sido de los acusadores el que menos incomodó a Cimón. ¿Pues quién con esto podrá dar crédito a Idomeneo, que acusa a Pericles de que habiéndose hecho amigo del orador Efialtes, y sido ambos de un mismo modo de pensar en las cosas de gobierno, por celos y por envidias dolosamente lo hizo asesinar? Yo no sé de dónde pudo recoger estos rumores para achacarlos como hiel a un hombre que, si no fue del todo irreprensible, tuvo un espíritu generoso y un alma apasionada por la gloria, con los que no es compatible una pasión tan cruel y feroz, y respecto de Efialtes, lo que hubo fue que, habiéndose hecho temer de los oligarquistas, y siendo inexorable para tomar venganza y perseguir a los que molestaban al pueblo, sus enemigos le armaron asechanzas, y ocultamente le quitaron de en medio por mano de Aristódico de Tanagra, como lo refiere Aristóteles. Cimón, en tanto, mandando la escuadra, murió en Chipre.

11

Los aristócratas, viendo ya a Pericles engrandecido y tan preferido a los demás ciudadanos, quisieron contraponerle alguno de su partido en la ciudad, y debilitar su poder para que no fuese absolutamente, de un monarca; y con la mira de que le resistiese, echaron mano de Tucídides, de la tribu Alopecia, hombre prudente y cuñado de Cimón. Era, sí, menos guerrero que éste; pero le aventajaba en el decir y en el manejo de los negocios; así contendía en la tribuna con Pericles, y bien pronto produjo una división en el gobierno. En efecto: estorbó que los ciudadanos que se decían principales se allegaran y confundieran como antes con la plebe, mancillando su dignidad, y más bien manifestándolos separados, y reuniendo como en un punto el

poder de todos ellos, le hizo de más resistencia, y que viniera a ser como un contrapeso en la balanza; porque desde el principio hubo como una separación oscura, que, a la manera de las pegaduras del hierro, era indicio de dos partidos: el popular y el aristocrático; y ahora aquella unión y concordia de los principales dio más peso a esta división de la ciudad, e hizo que el un partido se llamara plebe, y el otro, oligarquía o de los pocos. Por esto mismo, soltando más entonces Pericles las riendas a la plebe, gobernaba a gusto de ésta, disponiendo que continuamente hubiese en la ciudad, o un espectáculo público, o un banquete solemne, o una ceremonia aparatosa, entreteniéndolo al pueblo con diversiones del mejor gusto. Hacía, además, salir cada año sesenta galeras, en las que navegaban muchos ciudadanos, asalariados por espacio de ocho meses, y al mismo tiempo se ejercitaban y aprendían la ciencia náutica. Enviaba asimismo mil sorteados al Quersoneso; a Naxo, quinientos; a Andro, la mitad de éstos; otros mil a la Tracia, para habitar en unión con los Bisaltas, y otros, a Italia, restablecida Síbaris, a la que llamaron Turios. Todo esto lo hacía para aliviar a la ciudad de una muchedumbre holgazana e inquieta con el mismo ocio; para remediar a la miseria del pueblo, y también para que impusieran miedo y sirvieran de guardia a los aliados, habitando entre ellos, para que no intentaran novedades.

12

Lo que mayor placer y ornato produjo a Atenas, y más dio que admirar a todos los demás hombres, fue el aparato de las obras públicas, siendo éste sólo el que aún atestigua que la Grecia no usurpó la fama de su poder y opulencia antigua. Y, no obstante, esta disposición era, entre las de Pericles, la de que más murmuraban sus enemigos, y la que más calumniaban en las juntas públicas, gritando que el pueblo perdía su crédito y era difamado, porque se traía de Delos a Atenas los caudales públicos de los Griegos, y aun la excusa más decente que para esto podía oponerse a los que le reprenden, a saber: que, por miedo de los bárbaros, trasladaban de allí aquellos fondos para tenerlos en más segura custodia, aun ésta se la quitaba Pericles; y así parece, decían, que a la Grecia se hace un terrible agravio, y que se la esclaviza muy a las claras, cuando ve que con lo que se la obliga a contribuir para la guerra doramos y engalanamos nosotros nuestra ciudad con estatuas y templos costosos, como una mujer vana que se carga de piedras preciosas. Mas Pericles persuadía al pueblo que de aquellos caudales ninguna cuenta tenían que dar a los aliados, pues los Atenieses combatían en su favor y rechazaban a los bárbaros, sin que aquellos pusiesen ni un caballo, ni una nave, ni un soldado, sino solamente aquel dinero, que ya no era de los que lo daban, sino de los que lo recibían, una vez que cumplían con aquello por que se les entregaba; y puesto que la ciudad proveía abundantemente de lo necesario para la guerra, era muy justo que su opulencia se emplease en tales obras, que, después de hechas, le adquirieran una gloria eterna, y que dieran de comer a todos mientras se hacían, proporcionando toda especie de trabajo y una infinidad de ocupaciones, las cuales, despertando todas las artes, y poniendo en movimiento todas las manos, asalariaran, digámoslo así, toda la ciudad, que a un mismo tiempo se embellecería y se mantendría a sí misma, Porque los de buena edad y robustos tomaban en los ejércitos del público erario lo que para pasarlo bien habían menester, y, respecto de la demás muchedumbre ruda y jornalera, no queriendo que dejase de participar de aquellos fondos, ni que los percibiese descansada y ociosa, introdujo con ardor en el pueblo gran diferencia de trabajos y obras, que hubiesen de emplear muchas artes y consumir mucho tiempo, para que no menos que los que navegaban, o militaban, o estaban en guarnición, tuvieran motivo los que quedaban en casa de participar y recibir auxilio de los caudales públicos. Porque siendo la materia prima piedra, bronce, marfil, oro, ébano, ciprés, trabajaban en ella y le daban forma los arquitectos, vaciadores, latoneros, canteros,

tintoreros, orfebres, pulimentadores de marfil, pintores, bordadores y torneros; además, en proveer de estas cosas y portearlas entendían los comerciantes y marineros en el mar, y en tierra, los carreteros, alquiladores, arrieros, cordeleros, lineros, tejedores, constructores de caminos y mineros; y como cada arte, a la manera que cada general su ejército, tenía de la plebe su propia muchedumbre subordinada, viniendo a ser como el instrumento y cuerpo de su peculiar ministerio, a toda edad y naturaleza, para decirlo así, repartían y distribuían las ocupaciones, el bienestar y la abundancia.

13

Adelantábanse, pues, unas obras insignes en grandeza, e inimitables en su belleza y elegancia, conteniendo los artífices por excederse y aventajarse en el primor y maestría; y con todo, lo mas admirable en ellas era la prontitud; porque cuando de cada una. pensaban que apenas bastarían algunas edades y generaciones para que difícilmente se viese acabada, todas alcanzaron en el vigor de un solo gobierno su fin y perfección. Justamente se dice de aquel mismo tiempo que, jactándose el pintor Agatarco de que con la mayor prontitud acababa sus cuadros, y habiéndolo oído Zeuxis, le replicó: “Pues yo en mucho tiempo”; porque realmente la agilidad y prontitud en las obras no les da ni solidez duradera, ni perfecta belleza, y, por el contrario, el tiempo y trabajo que se gastan en la ejecución se recompensan con la firmeza y permanencia. Por lo mismo, era mayor la admiración de que, siendo las obras de Pericles de durar largo tiempo, en tan breve se hubiesen concluido; porque cada una de ellas en la belleza al punto fue como antigua, y en la solidez, todavía es reciente y nueva: ¡tanto brilla en ellas un cierto lustre que conserva su aspecto intacto por el tiempo, como si las tales obras tuviesen un aliento siempre floreciente y un espíritu exento de vejez! Todas las dirigía y de todas con Pericles era superintendente Fidias, sin embargo de que las ejecutaban los mejores arquitectos y artistas; porque el Partenón, que era de cien pies, lo edificaron Calícrates e Ictino; el purificadorio de Eleusis empezó a construirlo Corebo, y él fue quien puso las columnas sobre el pavimento y las enlazó con el chapitel; por su muerte, Metágenes Xipecio hizo la cornisa y puso las columnas altas; mas la linterna sobre el santuario la cerró Xenocles Colargeo. El muro prolongado, cuya idea dice Sócrates había oído explicar al mismo Pericles, fue obra de Calícrates. Satirízala Cratino en sus comedias, como que iba con mucha pesadez: Hace ya largo tiempo que Pericles la está con sus palabras promoviendo; mas en la realidad nada adelanta. El Odeón, que en su disposición interior tiene muchos asientos y muchas columnas, y cuyo techo es redondeado y pendiente y termina en punta, dicen que se hizo a semejanza del pabellón del rey de Persia, disponiéndolo también Pericles; por lo que el mismo Cratino, en su comedia Las tracias, se burla de él en esta manera: El Zeus esquinocéfalo, Pericles, aquí viene trayendo en el cerebro el Odeón, alegre y orgulloso, porque del ostracismo se ha librado. Efectivamente: engreído Pericles, entonces por la primera vez decretó que en las Fiestas Panateneas hubiese certamen de música, y elegido por director del certamen, él mismo señaló qué era lo que los contendientes habían de tañer con la flauta, lo que habían de cantar o tocar en la cítara; porque en el Odeón se dieron entonces y después los certámenes y espectáculos de música. Los soportales del alcázar o ciudadela se hicieron en cinco años, siendo el arquitecto Mnesicles. Un caso maravilloso ocurrido mientras se construían dio indicio de que la Diosa, lejos de repugnar la obra, tomaba parte en ella y concurría a su perfección. El más laborioso y activo de los artistas tropezó y cayó de lo alto, quedando tan maltratado que le desahuciaron los médicos. Apesadumbróse Pericles, y la Diosa, apareciéndosele entre sueños, le indicó una medicina con la cual muy pronta y fácilmente le puso bueno. Por este suceso colocó en la ciudadela la estatua de bronce de Atenea saludable junto al ara, que se dice estaba allí antes. Fidias hizo además la estatua de oro de la diosa, y en la base se lee la inscripción

que le designa autor de ella. Tenía sobre sí puede decirse que el cuidado de todo, y como hemos dicho, era el superintendente de todos los demás artistas por la amistad de Pericles, lo cual le atrajo envidia, y también la calumnia de que presentaba por mal término a éste las mujeres libres que concurrían a ver las obras. Tomaron por su cuenta este rumor los autores de comedias, y difamaron a Pericles de incontinencia y disoluto, extendiendo sus calumnias hasta la mujer de Menipo, su amigo y subalterno en la milicia, y hasta la granjería de Pírilampo, otro de sus amigos; criaba éste aves, y le achacaban que regalaba pavones a aquellas con quienes Pericles se divertía. ¿Mas quién se maravillará de que hombres satíricos de profesión sacrifiquen, con las calumnias de los hombres más aventajados, a la envidia como a un genio maléfico, cuando el mismo Estesímbroto Tasio se atrevió a proferir una horrible y mentirosa blasfemia contra la mujer del mismo hijo de Pericles? ¡Tan grande es el trabajo que le cuesta a la historia descubrir la verdad! Pues para los que vienen más tarde, el tiempo pasado se interpone, y roba el conocimiento de los hechos; y las relaciones contemporáneas de las vidas y acciones, o bien por envidia, o bien por lisonja y adulación, corrompen y desfiguran la verdad.

14

Clamaban contra Pericles los oradores del partido de Tucídides, diciendo que dilapidaba el tesoro y disipaba las rentas; y él preguntó en junta al pueblo si le parecía que gastaba mucho. Respondieronle que muchísimo; y entonces: “Pues no se gaste- dijo- de vuestra cuenta, sino de la mía; pero las obras han de llevar sólo mi nombre”. Al decir esto Pericles, ora fuese por que se maravillaran de su magnanimidad, ora por que ambicionaran la gloria de tales obras, gritaron a porfía, ordenándole que gastase y expendiese sin excusar nada. Finalmente, traído a contienda con Tucídides sobre el ostracismo, y puesto en riesgo, consiguió desterrar a éste, y disipar la facción que le era opuesta.

15

Cuando, desvanecida enteramente esta diferencia, la ciudad vino a ser toda como de un temple y una sola, puso completamente bajo su disposición a Atenas y cuanto de los Atenienses dependía, los tributos, los ejércitos, las naves, las islas y el mar, y un poder de gran fuerza, no sólo por los Griegos, sino también por los bárbaros, a causa de que se consideraba fortalecido con pueblos que les estaban sujetos, y con la amistad y alianza de reyes poderosos; y entonces ya no fue el mismo, ni del mismo modo manejable por el pueblo, dejándose llevar como el viento de los deseos de la muchedumbre, sino que en vez de aquella demagogia que tenía flojas e inseguras las riendas, como en vez de una música muelle y blanda, planteó un gobierno aristocrático, y, en cierta manera, regio; y empleándole siempre con rectitud e integridad para lo mejor, unas veces con la persuasión y con instruir al pueblo y otras con la firmeza y la violencia si le hallaba renitente, puso mano en todo lo que le parecía útil; imitando en esto al médico que en la curación de una enfermedad complicada y habitual, ora se vale de lo dulce y agradable, y ora de remedios desabridos, conducentes a la salud. Porque no pudiendo menos de haberse engendrado toda suerte de pasiones en un pueblo que tenía tan grande autoridad, él sólo era propio para tratar del modo conveniente cada una; y valiéndose de la esperanza y del miedo, como de unos timones, moderó lo que había de altivo, y alentó y confortó lo desmayado: demostrando así que la oratoria tiene el poder, según expresión de Platón, de cautivar las almas, y que su obra principal es el arte de dirigir las costumbres y las pasiones, como unos sonidos o cuerdas del alma, que necesitan una mano hábil que las pulse. Aunque la causa no fue precisamente el poder de su palabra, sino, como dice Tucídides, la opinión y confianza en la conducta de aquel hombre admirable, que claramente se veía ser incorruptible y muy superior a los atractivos del

oro, el cual, con haber hecho a la ciudad de grande más grande todavía y más rica, y con haber tenido un poder que excedía al de muchos reyes y tiranos, aun de aquellos que legaron el poder a sus hijos, no aumentó ni en un maravedí la hacienda que le dejó su padre.

16

Da de su poder Tucídides la más cierta y cabal idea; pero los cómicos lo desfiguran malignamente, llamando nuevos Pisistrátidas a los amigos que Pericles tenía cerca de sí, y exigiendo de él que jurara no hacerse tirano, como que su superioridad y excelencia se hacía incómoda y no cabía dentro de la democracia, y Teleclides dice que los Atenienses pusieron en su mano De las ciudades todas los tributos, y las ciudades mismas, a su antojo dejando el libertarlas u oprimirlas; alzar de piedra o derribar sus muros; los tratados, la fuerza, el poderío, y la paz, la riqueza y la ventura. Y esto no fue cosa de una favorable ocasión, o gracia y felicidad de un gobierno que floreció por horas, sino que por cuarenta años estuvo dominado entre los Efiálfes, los Leócrates, los Mirónidas, los Cimones, los Tólmides y los Tucídides; y después de haber triunfado de Tucídides, y héchole desterrar, no se hizo menos admirable en los siguientes quince años; y con tener él sólo el poder sobre los ejércitos en cada un año, no se conservó menos incorruptible por el dinero. Y no porque fuese del todo desperdiciado en cuanto a los bienes; antes, para no abandonar la hacienda paterna tan justamente poseída, ni ocuparse tampoco demasadamente en ella cuando tantos otros negocios le cercaban, estableció la administración que le pareció más fácil y más exacta. Vendía cada año por junto los frutos de su cosecha, y después se surtía de la plaza a la menuda de las cosas necesarias para la casa y para el sustento: no dejaba por tanto, lugar a que se regalasen sus hijos ya crecidos: ni era dispensador profuso con las mujeres de la familia; antes le censuraban este método de la compra diaria, reducido rigurosamente a no gastar más que lo preciso, sin que en una casa tan grande y de tanto tráfico se desperdiciara nada; llevándose, así lo relativo al gasto como a la renta, con mucha cuenta y medida. El que tenía a su cargo toda esta exactitud era uno de sus esclavos llamado Evángelo, de la más excelente índole por sí, o formado por Pericles para este manejo. En verdad que no conformaba todo esto con la filosofía de Anaxágoras, que por entusiasmo y magnanimidad abandonó su casa, y dejó sus campos yermos y eriales. Mas yo pienso que no debe ser uno mismo el tenor de vida del filósofo especulativo y el del político, sino que aquel vuelve su inteligencia, desprendida y nada necesitada, de esta materia exterior a lo que es honesto y bueno, y a éste, a quien le es preciso aplicar a la virtud las ocupaciones humanas, la hacienda puede servirle no sólo para las cosas absolutamente necesarias, sino para la virtud misma, como en el propio Pericles puede verse, que socorría a los indigentes. Aun respecto del mismo Anaxágoras se cuenta que, viéndose olvidado de Pericles, a causa de los muchos negocios de éste, y siendo ya viejo, envuelto en su capa, se echó a morir desalentado: que llegando Pericles a entenderlo, corrió al punto allá con el mayor sobresalto, y le hizo los más eficaces ruegos, diciendo que más que de Anaxágoras sería suyo aquel infortunio, si perdía al que tanto le ayudaba con su consejo en el gobierno; y que éste, descubriéndose finalmente, le replicó: “Oh, Pericles, los que han menester una lámpara le echan aceite”.

17

Empezaban ya los Lacedemonios a mirar mal el incremento de los Atenienses; y Pericles, queriendo inspirar al pueblo grandes pensamientos y ponerle al nivel de grandes cosas, escribió un decreto, por el que a todos los Griegos que habitaban en Europa y Asia, así a las ciudades pequeñas como a las grandes, se les exhortase a enviar a Atenas a un Congreso diputados que deliberasen sobre los templos griegos que habían incendiado los bárbaros, sobre los sacrificios y votos hechos por la salud de la Grecia de

que estaban en deuda con los Dioses, y sobre que todos pudieran navegar sin recelo y vivir en paz. Enviáronse con este objeto veinte ciudadanos mayores de cincuenta años, de los cuales cinco habían de convocar a los Jonios y Dóricos del Asia, y a los isleños hasta Lesbos y Rodas; cinco recorrieron los pueblos del Helesponto y la Tracia, hasta Bizancio; y cinco, desde el punto en que concluían éstos, a la Beocia, la Fócide y el Peloponeso; y además se extendía su misión por los Locrios y todo el continente inmediato hasta la Acarnania Y la Ambracia; y los restantes se encaminaron por la Eubea a los Eteos, al golfo de Malea, los Ftiotas, los Aqueos y los Tésalos, persuadiendo a todos que concurrieran y tomaran parte en unas deliberaciones que tenían por objeto la paz y la común felicidad de la Grecia. Mas nada se hizo, ni las ciudades concurrieron, por oponerse a ello, según es fama, los Lacedemonios, y por haber sido desde luego mal recibida la tentativa en el Peloponeso. Lo hemos referido, sin embargo, para que se vea el juicio y grandeza de pensamiento de Pericles.

18

En la parte militar gozaba de gran concepto, principalmente por la seguridad de las empresas; no entrando voluntariamente en combate dudoso y de peligro, ni siguiendo las huellas y ejemplos de aquellos caudillos a quienes de su arrojo temerario les había resultado una brillante fortuna y el ser admirados como grandes capitanes; antes, continuamente estaba diciendo a sus ciudadanos que en cuanto de él dependiese serían siempre inmortales. Viendo que Tólmides, hijo de Tolmeo, por la buena suerte que antes había tenido, por la fama que gozaba de excelente militar, se preparaba muy fuera de toda oportunidad a invadir la Beocia, habiendo acalorado a los más alentados y belicosos de los jóvenes a que militasen a sus órdenes, que en todos serían unos mil sin las demás fuerzas, procuró contenerle y disuadirlo en la junta pública, pronunciando aquel memorable dicho: “Si no crees a Pericles, el modo de que no yerres es que esperes al consejero más sabio, que es el tiempo”. Entonces esta sentencia no hizo más que una ligera impresión; pero cuando al cabo de pocos días llegó la noticia de que el mismo Tólmides había muerto, vencido en batalla junto a Coronea, y que habían muerto también muchos de aquella excelente juventud, concilió este suceso mucha gloria y benevolencia a Pericles, como a hombre prudente y amante de sus conciudadanos.

19

De sus expediciones principalmente fue aplaudida la del Quersoneso, que puso en seguridad a los Griegos establecidos en aquellas regiones: pues no sólo dio aliento y valor a las ciudades llevando consigo una colonia de mil Atenienses, sino que cercando, digámoslo así, el estrecho con muros y fortificaciones a las orillas de uno y otro mar, refrenó las correrías de los Tracios, que circundaban el Quersoneso, e impidió la continua y dura guerra a que aquel país estaba siempre expuesto por la vecindad de todas partes con los bárbaros, y por las piraterías de los comarcanos y de los propios. Hízose también admirar y celebrar de los extraños cuando recorrió el Peloponeso, dando la vela de Pegas, puerto de Mégara, con cien galeras; porque no sólo taló las ciudades marítimas, como antes Tólmides, sino que, entrando a bastante distancia del mar, con la tripulación de los buques a unos los encerró dentro de los muros, temerosos de su ataque; y en Nemeo a los de Sicione, que se emboscaron y trabaron batalla, los derrotó completamente, levantando por ello un trofeo. En la Acaya, que era aliada, tomó soldados para las galeras, y, pasando con la escuadra más allá del Aqueloo al continente que está de la otra parte, recorrió la Acarnania, encerró a los Eníadas dentro de sus murallas, y después de talado y saqueado el país dio la vuelta a casa: habiéndose acreditado de temible para con los enemigos, y de tan feliz como activo para con los ciudadanos; pues ni aun de aquellos tropiezos que penden de la fortuna incomodó ninguno a los que con él militaron.

20

Navegando al Ponto con una armada considerable y perfectamente equipada, hizo en favor de las ciudades griegas cuanto acertaron a desear, tratándolas con humanidad; a las naciones bárbaras de los alrededores, a sus reyes y a sus príncipes les puso a la vista lo grande de su poder, su osadía y la confianza con que los Atenenses navegaban por donde les placía, teniendo bajo su dominio todo el mar. A los Sinopenses les dejó trece naves mandadas por Lámaco y tropas contra el tirano Timesileón; y luego que hubieron derribado a éste y a sus partidarios, decretó que de los Atenenses pasaran a Sinope seiscientos voluntarios, y habitaran con los Sinopenses, repartiéndose las casas y el terreno que fueron antes de los tiranos. En lo demás no condescendía ni convenía con los conatos que se mostraban los ciudadanos, engréidos desmedidamente con tanto poder y tanta fortuna de apoderarse otra vez del Egipto y conmover el poder del Rey por la parte del mar. A muchos los traía ya entonces alborotados aquella ardiente y malhadada codicia de la Sicilia, que inflamaron más adelante los oradores partidarios de Alcibíades; y aun había quien soñaba con la Etruria y Cartago, no sin esperanza, por la extensión de su presente hegemonía y la prosperidad de los sucesos.

21

Mas Pericles contenía esta inquietud y reprimía su ambición, volviendo principalmente aquellos grandes medios a la conservación y seguridad de lo que ya dominaban, reputando por gran hazaña el tener a raya a los Lacedemonios, y manifestándoseles en todo opuesto, de lo que dio pruebas en muchas otras cosas; pero más señaladamente en la conducta que observó en los sucesos de la guerra sagrada. Porque después que los Lacedemonios pasaron con ejército a Delfos, y teniendo antes los Focenses el templo, lo entregaron a los de esa ciudad; retirados aquellos, al punto se dirigió allá Pericles, también con tropas, y restituyó a los Focenses. Los Lacedemonios habían obtenido con esta ocasión de los de Delfos precedencia en las consultas del oráculo, y la habían esculpido en la frente del lobo de bronce: obtúvola, pues, entonces para los Atenenses, y la hizo grabar también sobre el lobo en el lado derecho.

22

Los hechos mismos le demostraron con cuánta razón retenía en la Grecia las fuerzas de los Atenenses, porque primero se rebelaron los Eubeos, contra quienes marchó con tropas, y muy luego hubo noticia de que los Megarenses también se les habían indispuesto, y que un ejército de enemigos estaba en las fronteras del Ática, mandado por Plistonacte, rey de los Lacedemonios. Volvióse, pues, Pericles prontamente de la Eubea, adonde la guerra del Ática le llamaba; pero no se determinó a venir a las manos con muchos y excelentes soldados que los provocaban, sino que, viendo que Plistonacte, que todavía era muy joven, entre todos sus consejeros del que más se valía era de Cleándrides, que los Éforos le habían dado por celador y asesor en consideración de su corta edad, trató secretamente de sobornarle, y habiéndole ganado bien pronto con dinero, recabó éste con sus persuasiones que los del Peloponeso se retiraran del Ática. Luego que esto se verificó, y que se disolvió el ejército, marchando las tropas a sus ciudades, indignados los Lacedemonios, penaron al rey con una multa, y como por su magnitud no hubiese tenido con qué pagarla, se vio en la precisión de salir de Lacedemonia, y a Cleándrides, que huyó, le condenaron a muerte. Era éste padre de Gilipo, el que en Sicilia venció a los Atenenses. Parece que la naturaleza había hecho enfermedad ingénita en él la del apego al dinero, porque, descubierto en vergonzosas negociaciones, fue arrojado de Esparta. Mas estas cosas las declaramos con mayor extensión en la vida de Lisandro.

23

Puso Pericles en la cuenta del ejército una partida de diez talentos, gastados, decía, en lo que se tuvo por conveniente, y el pueblo la admitió sin andar en preguntas ni quejarse del modo misterioso de expresarla. Algunos han escrito, y el filósofo Teofrasto entre ellos, que todos los años se enviaban por Pericles diez talentos a Esparta, con los que regalaba a todos los que tenían mando, y evitaba la guerra, no comprando de este modo la paz, sino el tiempo que necesitaba para disponerse reposadamente a hacer la guerra con ventaja. Marchó otra vez rápidamente contra los rebeldes, y, pasando a la Eubea con cincuenta galeras y cinco mil hombres, domó las ciudades; arrojó de Calcis a los llamados Hipóbotas, que eran los más ricos y distinguidos de ella, y a los de Estica a todos les hizo salir del país, poblándola de solos Atenienses, siendo tan inexorable con ellos, porque habiendo apresado una nave ateniense, habían dado muerte a cuantos encontraron en ella.

24

Pactóse después de esto tregua por treinta años entre los Atenienses y Lacedemonios, y con esto hizo se decretara la expedición naval de Samo, dando por causa contra aquellos habitantes que, habiéndoseles intimado cesar en la guerra con los de Mileto, no habían obedecido. Mas por cuanto se da por cierto que lo hecho contra los de Samo fue por complacer a Aspasia, será oportuno investigar aquí quién fue esta mujer, que tanto arte y poder tuvo para tener bajo su mando a los hombres de más autoridad en el gobierno, y para haber logrado que los filósofos hayan hecho de ella no una ligera o despreciable mención. Que fue de Mileto e hija de Axíoco es cosa en que todos convienen. Dícese que en procurar dominar a los hombres de poder siguió el ejemplo de Targelia, de los antiguos Jonios; porque también Targelia, siendo de buen parecer, y reuniendo la gracia con la sagacidad, se puso al lado de hombres muy principales entre los Griegos, y a todos los que la obsequiaron los atrajo al partido del rey, y por medio de ellos, como eran poderosos y de autoridad, sembró las primeras semillas de medismo en las ciudades. Algunos son de opinión que Pericles se inclinó a Aspasia por ser mujer sabia y de gran disposición para el gobierno, pues el mismo Sócrates, con sujetos bien conocidos, frecuentó su casa, y varios de los que la trataron llevaban sus mujeres a que la oyesen, sin embargo de que su modo de ganar la vida no era brillante ni decente, porque vivía de mantener esclavas para mal tráfico. Esquines dice que Lisicles el vendedor de carneros, de hombre bajo y ruin por naturaleza, se hizo el primero de los Atenienses con haberse unido a Aspasia después de la muerte de Pericles. En el Menéxeno, de Platón, aunque cuanto se dice al principio es jocoso, hay esta parte de historia, que esta mujer tenía opinión de que para la oratoria era buscada de muchos Atenienses. Con todo, es lo más probable que la afición de Pericles a Aspasia fue una pasión amorosa. Tenía una mujer correspondiente a él en linaje, la cual antes había estado casada con Hiponico, y de éste había tenido en hijo a Calias, conocido por el rico, y del mismo Pericles tuvo a Jantipo y a Páralo. Más tarde, no haciendo entre sí buena vida, la entregó a otro con consentimiento de ella misma; y él, casándose con Aspasia, la trató con grande aprecio; pues, según dicen, todos los días la saludaba con ósculo de ida y vuelta a la plaza pública; pero en las comedias ya la llaman la nueva Ónfale, ya Deyanira, y ya también otra Hera. Cratino expresamente la llama combleza por estas palabras: Da a luz a Hera Aspasia, concubina la más liviana y sin pudor alguno. Y dan a entender que tuvo de ella un hijo espurio, porque Éupolis, en su comedia Los populares, le introduce, haciendo esta pregunta: ¿Y mi bastardo, vive todavía? A lo que Pirónides responde: Y cierto que hace tiempo sería hombre, si el mal de la ramera no temiese. Llegó Aspasia a ser tan nombrada y tan célebre, según cuentan, que Ciro, el que disputó con el rey el imperio de los Persas, a la más querida de sus concubinas le dio el nombre de Aspasia, llamándose antes Milto. Era ésta natural de la

Fócide, hija de Hermotimo, y presentada al rey después que Ciro murió en la batalla, tuvo con él el mayor poder. Desechar o pasar en silencio estas cosas que al escribir se han ofrecido a la memoria, parecería quizá poco conforme a la naturaleza humana.

25

Achácase, pues, a Pericles que esta guerra contra los de Samo la hizo decretar en favor de los Milesios, a ruegos de Aspasia. Estaban en guerra estas ciudades por Priena, y vencedores los Samios, intimándoles los Atenienses que se apartaran de la guerra y unos y otros se sometieran a su decisión, no quisieron obedecer. Por tanto, marchando allá Pericles, deshizo la oligarquía que tenía el mando en Samo, y tomando cincuenta de los principales en rehenes, y otros tantos jóvenes, los remitió a Lemno. Dícese que cada uno de los rehenes le dio de por sí un talento, y otros muchos todos los que no querían que en la ciudad se estableciese la democracia. También el persa Pisutnes, que estaba en buena amistad con los Samios, le envió diez mil áureos, intercediendo por la ciudad; pero Pericles nada quiso recibir, sino que trató a los Samios como lo tenía resuelto, y estableciendo la democracia, dio la vuelta a Atenas. Rebeláronse los Samios inmediatamente; Pisutnes robó los rehenes, y empezaron a hacer disposiciones para la guerra. Tuvo otra vez Pericles que dirigirse contra ellos, que no estaban ociosos ni abatidos, sino muy alentados y resueltos a disputarle el mar. Trabóse un terrible combate sobre una isla llamada Tragia, y Pericles alcanzó de ellos una ilustre victoria con cuarenta y cuatro naves, destrozando setenta de los enemigos, veinte de las cuales tenían tropas a bordo.

26

Apoderándose del puerto inmediatamente después de la victoria y de haberlos perseguido, les puso sitio, y ellos en el modo que podían todavía tenían aliento para hacer salidas y pelear al pie de las murallas; mas sobreviniendo luego nuevas tropas de Atenas, quedaron completamente bloqueados, y Pericles, tomando setenta galeras, salió con ellas al mar exterior; según los más, porque venían naves fenicias en socorro de los Samios, y quería salirles al encuentro y combatir las lo más lejos que pudiera; pero Estesímbroto dice que se encaminaba contra Chipre, lo que no es verosímil. Fuese cualquiera de estas dos su intención, pareció que no había andado cuerdo, porque mientras él seguía su viaje, Meliso el de Itágenes, varón dado a la filosofía, y que era entonces el general de Samo, despreciando el reducido número de las naves, o la inexperiencia de los jefes, persuadió a los Samios que dieran sobre los Atenienses. Trabado combate, salieron vencedores los Samios, haciendo prisioneros a muchos de aquellos, y echando a pique muchas de sus naves, con lo que quedaron dueños del mar y se proveyeron de diferentes cosas precisas para la guerra, de que antes carecían, y Aristóteles dice que el mismo Pericles había sido vencido por Meliso anteriormente en otro combate naval. Los Samios, afrentando por represalias a los Atenienses cautivos, les imprimieron lechuzas sobre la frente, porque a ellos los Atenienses les habían impreso una samena. Es la samena una nave cuya proa tiene la forma de un hocico de cerdo, ancha y como de gran vientre, buena para sostenerse en el mar y muy ligera, y tomó este nombre porque fue en Samo donde se vio primero, construida así por el tirano Polícrates. A las señales de estos yerros dicen que hace alusión aquello de Aristófanes: Es la gente de Samo muy letrada.

27

Noticioso Pericles de la derrota del ejército, se apresuró en su auxilio, y habiendo vencido a Meliso, que le hizo frente, y sojuzgado a los enemigos, al punto estrechó el sitio, con ánimo de combatir y tomar la ciudad, más bien a fuerza de gastar y de tiempo, que no con la sangre y los peligros de sus conciudadanos. Mas como viese que los Atenienses llevaban mal la dilación, y hallase dificultad en contener su ardor por los

combates, dividió el ejército en ocho partes, y lo sorteó, y a los que les cabía el sacar haba blanca los dejaba que estuviesen en vacación y descanso, y los demás peleaban. De aquí dicen que vino el que los que se ven en regocijos, al día en que esto les acontece le llamen blanco, tomando de esta haba blanca la denominación. Éforo dice que Pericles usó de máquinas, admirando él mismo esta novedad, y que se halló en este sitio Artemón el maquinista, al cual, porque siendo cojo se hacía llevar en litera adonde se disponían las obras, se le dio el sobrenombre de Periforeto. Mas Heraclides Póntico le refuta con las poesías de Anacreonte, en las que ya Artemón es llamado Periforeto largo tiempo antes de esta guerra de Samo y de todos estos acontecimientos. Dícese de este Artemón que, siendo de vida muy regalona y muy muelle, y asustadizo para todo lo que infunde miedo, por lo común se estaba quieto en casa, haciendo que dos esclavos tuvieran siempre un escudo de bronce sobre su cabeza, no fuese que cayera algo de arriba, y que cuando se veía precisado a salir, se hacía llevar en una camilla colgada, que casi tocaba la tierra, y que por esto fue apellidado Periforeto.

28

Rindiéndose los Samios al noveno mes, Pericles arrasó las murallas, les tomó las naves y les impuso grandes contribuciones, de las cuales parte pagaron inmediatamente, y por el resto, habiéndoseles fijado plazo, entregaron rehenes. Duris de Samo habla de estos sucesos en sus tragedias, acusando de gran crueldad a los Atenenses y a Pericles, cuando nada han dicho de tal crueldad ni Tucídides, ni Éforo, ni Aristóteles, y aun parece que no se ajusta a la verdad cuando dice que a los comandantes y marineros de los Samios los condujo a la plaza pública de Mileto, y los tuvo atados a unos maderos por diez días, y al cabo de ellos, hallándoles ya en malísimo estado, los hizo matar, rompiéndoles a palos la cabeza y sus cadáveres los arrojó insepultos. Duris, pues, que aun cuando no media ofensa suya particular suele exagerar siempre sobre la verdad, aquí parece que quiso agravar mucho los males de su patria con calumnia de los Atenenses. Pericles, vuelto a Atenas después de domada Samo, hizo muy solemnes exequias a los que habían muerto en aquella guerra, y pronunciando su elegía, como es costumbre, a la vista de los sepulcros, mereció grande aplauso. Cuando bajó de la tribuna las demás mujeres le tomaban la mano, y le ponían coronas y cintas como a los atletas vencedores; pero Elpinice, poniéndosele al lado: “Maravillosos son- le dijo- ¡oh Pericles! y dignos de coronas estos sucesos, pues nos has perdido a muchos y excelentes ciudadanos, no una guerra contra Fenicios o los Medos, como mi hermano Cimón, sino asolando una ciudad aliada y de nuestro origen”. Dicho esto por Elpinice, se cuenta que Pericles, sonriéndose, le respondió tranquilamente con este verso de Arquíloco: Estás ya vieja para usar unguentos. Después de esta victoria sobre los Samios, dice Ion que estaba lleno de orgullo, porque Agamenón había necesitado diez años para tomar una ciudad bárbara, y él en nueve meses había reducido a los primeros y más poderosos de los Jonios; y en verdad que no era injusto este engreimiento, porque esta guerra fue de gran incertidumbre y muy peligrosa, si, como dice Tucídides, estuvo en poco el que la ciudad de Samo despojara del imperio del mar a los Atenenses.

29

Después de esto, como estuviese ya fermentándose la guerra del Peloponeso, persuadió al pueblo que enviaran auxilio a los de Corcira, molestados con guerra por los de Corinto, y que se anticiparan a tomar una isla poderosa en fuerzas marítimas, mientras todavía los del Peloponeso no se les acababan de declarar enemigos. Decretado por el pueblo aquel auxilio, dio el mando a Lacedemonio, hijo de Cimón, con solas diez naves, como para desacreditarle, porque había sido siempre la casa de Cimón afecta a los Lacedemonios; por tanto, para que si Lacedemonio durante su mando no hacía nada notable y digno, incurriera todavía más en la sospecha de laconismo, le dio tan pocas

naves y le hizo marchar mal de su agrado. Estaba además repugnando siempre a los hijos de Cimón, como que aun en los nombres no eran legítimos Atenienses, sino extranjeros y huéspedes, llamándose uno Lacedemonio, otro Tésalo y otro Eleo, y todos ellos parece que fueron tenidos en una mujer árcade. Hablábese mal contra Pericles a causa de estas diez galeras, porque siendo pequeño socorro para los que le pedían daba grande pretexto de queja a los contrarios; envió, por tanto, a Corcira más naves, las cuales llegaron después del combate. A los Corintios, indispuestos ya por estas causas con los Atenienses, y que los estaban acusando en Lacedemonia, se agregaron los de Mégara, dando la queja de que eran excluidos de todo mercado y de todos los puertos donde dominaban los Atenienses, contra el derecho de gentes y lo convenido por juramento entre los Griegos. También los Eginetas, que se creían agraviados y ofendidos, se lamentaban al oído ante los Lacedemonios, no atreviéndose a acusar abiertamente a los Atenienses. Al mismo tiempo, Potidea, ciudad sujeta a los Atenienses, aunque colonia de los Corintios, habiéndose rebelado, y hallándose sitiada fue otra causa que precipitó la guerra. Con todo, se enviaron embajadores a Atenas y el rey de los Lacedemonios, Arquidamo, procuraba traer a concierto los capítulos de acusación, templando también a los aliados, y por los demás motivos no se hubiera roto la guerra con los Atenienses, si se les hubiera podido persuadir que abrogasen el decreto contra los de Mégara y se reconciliasen con ellos; y como Pericles, obstinado en su oposición a los Megarenses, hubiese sido el que más resistencia hizo y el que más acaloró al pueblo, de aquí es que a él sólo se le hizo causa de esta guerra.

30

Dícese que habiendo venido a Atenas en esta ocasión embajadores de Lacedemonia, y alegando Pericles una ley que prohibía quitar la tabla donde el decreto se hallaba escrito, había replicado Polialces, uno de los embajadores: “Pues bien: no quites la tabla, vuévela sólo hacia dentro, porque esto no hay ley que lo prohíba”. Pareció graciosa la respuesta, mas no por eso Pericles cedió un punto. A lo que parece, tenía alguna particular enemistad con los de Mégara; mas dando como causa pública contra ellos el que habían talado una parte de la selva sagrada, escribió un decreto, por el que se envió un heraldo a los de Mégara y a los Lacedemonios para acusar a aquellos, y parece que este decreto de Pericles estaba concebido en términos muy equitativos y humanos. Pero habiéndose formado idea de allí a poco de que el heraldo comisionado Antemócrito, había perecido por maldad de los Megarenses, escribió contra ellos Carino un decreto, por el que se prevenía que la enemistad fuera irreconciliable, sin poderse siquiera tratar de ella, y al Megarense que subiera al Ática se le diera muerte; que los generales, al prestar juramento patrio, juraran además que dos veces cada año talarían el territorio de Mégara, y que a Antemócrito se le diese sepultura junto a las puertas Tracias, que ahora se llaman el Dípilo. Los Megarenses negaban la muerte de Antemócrito, y echaban toda la culpa a Aspasia y a Pericles, valiéndose de aquellos famosos y sabios versos de la comedia Los acarnienses: A Mégara beodos unos mozos van, y a Simeta roban, vil ramera: los de Mégara, en cólera encendidos. De represalias a su vez usando, a Aspasia quitan otras dos rameras.

31

Cuál, pues, hubiera sido el origen de la guerra, es difícil de averiguar; pero de que no se hubiese revocado el decreto, todos hacen autor a Pericles, sino que unos dicen que nació en él de grandeza de ánimo, resuelto siempre a lo mejor, aquella resistencia, estando persuadido de que en lo que se demandábase quería probar si cedería, y de que el otorgamiento se tendría por confesión de debilidad; y otros quieren más que esto hubiese sido por espíritu de arrogancia y contradicción para que resaltase más su gran poder, viendo que tenía en poco a los Lacedemonios. Mas la causa que le hace menos

favor entre todas, y que tiene más testigos que la comprueban, es de este modo. El escultor Fidias fue el ejecutor de la estatua, como tenemos dicho; siendo, pues, amigo de Pericles, y teniendo con él gran influjo, se atrajo por esto la envidia, y tuvo ya a unos por enemigos, y otros, queriendo en él hacer experiencia de cómo el pueblo se habría en juzgar a Pericles, sobornaron a uno de sus oficiales, llamado Menón, y le hicieron presentarse en la plaza en calidad de suplicante, pidiendo protección para denunciar y acusar a Fidias. Recibióle bien el pueblo, y habiéndosele seguido a éste causa en la junta pública, nada resultó de robo, porque el oro lo colocó desde el principio en la estatua por consejo de Pericles, con tal arte, que cuando quisieran separarlo pudiera comprobarse el peso; que fue lo que entonces ordenó Pericles ejecutasen los acusadores: así sola la gloria y fama de sus obras dio asidero a la envidia contra Fidias, principalmente porque, representando en el escudo la guerra de las Amazonas, había esculpido su retrato en la persona de un anciano calvo, que tenía cogida una gran piedra con ambas manos, y también había puesto un hermoso retrato de Pericles en actitud de combatir con una Amazona. Estaba ésta colocada con tal artificio, que la mano que tendía la lanza venía a caer ante el rostro de Pericles, como para ocultar la semejanza, que estaba bien visible por uno y otro lado. Conducido, por tanto, Fidias a la cárcel, murió en ella de enfermedad, o, como dicen algunos, con veneno, que para mover sospechas contra Pericles le dieron sus enemigos, y al denunciador Menón, a propuesta de Glicón, le concedió el pueblo inmunidad, encargando a los generales que celaran no se le hiciese agravio.

32

Por aquel mismo tiempo, Aspasia fue acusada del crimen de irreligión, siendo el poeta cómico Hermipo quien la perseguía; y la acusaba, además, de que daba puerta a mujeres libres, que por mal fin buscaban a Pericles. Diopites hizo también decreto para que denunciase a los que no creían en las cosas divinas, o hablaban en su enseñanza de los fenómenos celestes; en lo que, a causa de Anaxágoras, se procuraba sembrar sospechas contra Pericles. Habiendo el pueblo admitido y dado curso a las calumnias, a propuesta de Dracóntides se sancionó decreto para que Pericles rindiese las cuentas de caudales ante los Pritanes, y los jueces dando su voto desde el tribunal, pronunciasen su sentencia en público. Agnón hizo suprimir esta parte en el decreto, sustituyendo que la causa fuese ventilada por mil y quinientos jueces, bien quisieran titularla de robo o soborno, o bien de daño al Estado. Por Aspasia intercedió, y en el juicio, como dice Esquines, vertió por ella muchas lágrimas, haciendo súplicas a los jueces; pero temiendo por Anaxágoras, con tiempo le hizo salir y alejarse de la ciudad. Mas viendo que en la causa de Fidias había decaído del favor del pueblo, acaloró la guerra inminente y que estaba para estallar, con esperanza de disipar las acusaciones y minorar la envidia, estando en posesión de que en los negocios y peligros graves la ciudad por su dignidad y poder se pusiese a sí misma en sus manos. Éstas son las causas por las que se dice no permitió que el pueblo condescendiera con los Lacedemonios; mas cuál sea la cierta es bien oscuro.

33

Convencidos los Lacedemonios de que, si lograban derribarle, para todo encontrarían más dóciles a los Atenenses, requerían a éstos sobre que echaran de la ciudad la abominación, a que por la madre estaba sujeto el linaje de Pericles, según refiere Tucídides; pero la tentativa les salió muy al contrario a los enviados; porque Pericles, en vez de la sospecha y de la difamación, ganó todavía mayor crédito y estima con sus ciudadanos, viendo que tanto le aborrecían y temían los enemigos. Advertido él también de esto, antes que Arquidamo que mandaba las tropas de los pueblos del Peloponeso, invadiera el Ática, previno a los Atenenses, por si talando Arquidamo los demás

terrenos dejaba libres los suyos, bien fuese por los lazos de hospitalidad que había entre ellos, o bien por dar motivos de calumnia a sus contrarios, que él cedía a la ciudad sus tierras y sus casas de campo. Entran, pues, en el Ática los Lacedemonios con los aliados y un gran ejército, bajo el mando del rey Arquidamo, y talando el país, llegan hasta Acarnas, y se acampan allí, pensando en que los Atenenses no lo sufrirían, sino que, movidos de ira y ardimiento, les librarían batalla. Mas a Pericles le pareció muy arriesgado venir a las manos ante la misma ciudad con sesenta mil infantes; pues tantos eran los Peloponenses y Beocios que al principio hicieron la invasión; y a los que ansiaban por pelear, y llevaban mal lo que pasaba, los sosegó, diciéndoles que los árboles, si se podan o se cortan, se reproducen pronto; pero si los hombres perecen, no es fácil hacerse otra vez con ellos. Con todo, no reunió el pueblo en junta, temeroso de que se le hiciera tomar otra determinación contra su dictamen, sino que así como un buen capitán de navío, cuando el viento le combate en alta mar, después que todo lo dispone a su satisfacción y apareja las armas, usa de su pericia, no haciendo luego cuenta de las lágrimas y los ruegos de los marineros y los pasajeros asustados: de la misma manera él, habiendo cercado bien la ciudad, y puesto guardias en todos los puntos para estar seguros, hacía uso de su propio discurso, teniendo en poco a los que gritaban y manifestaban inquietud; y eso que muchos de sus amigos le venían con ruegos, sus contrarios le amenazaban y acusaban, y los coros- de las comedias- cantaban tonadas y jácaras punzantes en afrenta suya, escarneciendo su mando como cobarde, y que todo lo abandonaba a los enemigos. Ingeríase ya entonces Cleón, fomentando por el encono de los ciudadanos contra aquel, para aspirar a la demagogia; tanto, que Hermipo se atrevió a publicar estos anapestos: ¿Por qué, oh rey de los Sátiros, no quieres embrazar lanza, y tienes por bastante echar baladronadas de la guerra, y el ánimo apropiarte de Telete? Mas antes, si se afila de la espada la aguda punta, de pavor te llenas, aunque Cleón no cesa de morderte.

34

Con todo, a Pericles nada de esto le hizo fuerza, sino que, sufriendo resignadamente y en silencio los baldones y el odio, y enviando al Peloponeso una armada de cien naves, él no se embarcó; y antes prefirió quedarse en casa, teniendo siempre pendiente la ciudad de su mano hasta que los Peloponenses se retiraran. Para halagar a la muchedumbre, mortificada generalmente con aquella guerra, le distribuyó dineros, y decretó un sorteo de tierras; porque arrojando a todos los Eginetas, repartió la isla entre los Atenenses a quienes cupo la suerte. Érales asimismo de consuelo lo que a su vez padecían los enemigos; porque los que con sus naves costeaban el Peloponeso habían talado, gran parte del país y las aldeas y ciudades pequeñas, y por tierra, invadiendo él mismo el territorio de Mégara, lo arrasó enteramente. Así, aunque los enemigos habían causado gran daño a los Atenenses, como ellos no le hubiesen recibido menor de éstos por la parte del mar, era bien claro que no habrían prolongado tanto la guerra, y antes habrían tenido que ceder, como desde el principio lo había predicho Pericles, si algún mal Genio no se hubiera declarado contra los cálculos humanos. Ahora, por primera vez, sobrevino la calamidad de la peste, y se ensañó en la edad florida y pujante. Afligidos por ella en el cuerpo y en el espíritu, se irritaron contra Pericles, y enfurecidos contra él con la enfermedad como contra el médico o el padre, intentaron ofenderle a persuasión de sus contrarios, que decían haber producido aquel contagio la introducción en la ciudad de tanta gente del campo, a la que había precisado en medio del verano a apiñarse en casas estrechas y en tiendas ahogadas, teniendo que hacer una vida casera y ociosa, en vez de la libre y ventilada que llevaban antes; de lo cual era causa quien recogiendo dentro de los muros durante la guerra toda la muchedumbre que ocupaba la región, y no empleando en nada aquellos hombres, los tenía encerrados como reses,

dando lugar a que se inficionaran unos a otros, sin proporcionarles respiración o alivio alguno.

35

Queriendo poner remedio a estas quejas, y causar algún daño a los enemigos, armó ciento cincuenta naves, y poniendo en ellas muchas y buenas tropas de infantería y caballería, estaba para hacerse a la vela, infundiendo grande esperanza a sus ciudadanos, y no menor miedo a los enemigos con tan respetable fuerza. Cuando ya todo estaba a punto, y el mismo Pericles a bordo en su galera, ocurrió el accidente de eclipsarse el sol y sobrevenir tinieblas, con lo que se asustaron todos, teniéndolo a muy funesto presagio. Viendo, pues, Pericles al piloto muy sobresaltado y perplejo, le echó su capa ante los ojos, y tapándoselos con ella, le preguntó si tenía aquello por terrible o por presagio de algún acontecimiento adverso. Habiendo respondido que no, “¿Pues en qué se diferencia- le dijo- esto de aquello sino en que es mayor que la capa lo que ha causado aquella oscuridad? Estas cosas se enseñan en las escuelas de los filósofos”. Habiendo, pues, Pericles salido al mar, no se halla que hubiese ejecutado otra cosa digna de aquel aparato que haber puesto sitio a la sagrada Epidauró, que daba ya esperanzas de que iba a tomarse; pero por la peste se malograron, porque habiéndose manifestado en la escuadra, no sólo los afligió a ellos, sino a cuantos con aquella comunicaron. Como de estas resultas estuviesen mal con él, procuraba consolarlos e infundirles aliento, mas no logró templarlos o aplacar su ira sin que primero la desahogasen yendo a votar contra él en la junta pública, en la que prevalecieron, y, además de despojarle del mando, le impusieron una multa. Ascendió ésta, según los que dicen menos, a quince talentos, y según los que más, a cincuenta. Suscribióse por acusador en la causa, en sentir de Idomeneo, Cleón, y en sentir de Teofrasto, Simias; pero Heraclides Pontico dice que lo fue Lacrátides.

36

Mas su desfavor en las cosas públicas iba a durar breve tiempo, habiendo la muchedumbre depuesto con aquella demostración el encono, como si dijésemos el agujijón; en las domésticas es en las que tuvo más que padecer, ya a causa de la peste, por la que perdió a muchos de sus familiares, y ya a causa de la indisposición y discordia de los propios, que venía de más lejos. Porque el mayor de sus hijos legítimos, Jantipo, que por índole era gastador, y se había casado con una mujer joven y amante del lujo, hija de Isandro, hijo de Epílico, llevaba a mal el arreglo del padre, que no le daba sino cortas asistencias y por plazos. Dirigiéndose, por tanto, a uno de sus amigos, tomó de él dinero como de orden de Pericles; mas éste, cuando aquel lo reclamó después, hasta le movió pleito; y Jantipo, indignado todavía más con este suceso, desacreditaba a su padre, primero, divulgando con irrisión sus ocupaciones domésticas y las conversaciones que tenía con los sofistas, y que con ocasión de que uno de los combatientes en los juegos había herido y muerto involuntariamente con un dardo un caballo de Epitimo de Farsalia, había malgastado todo un día con Protágoras en examinar si sería el dardo, el que le tiró, o los jueces del combate, a quien conforme a recta razón se diese la culpa de aquel accidente. Además de esto, dice Estesímbroto que fue el mismo Jantipo quien esparció entre muchos la calumnia acerca de su propia mujer, y que hasta la muerte le duró a este mozo la disensión irreconciliable con su padre, porque murió Jantipo habiendo enfermado de la epidemia. Perdió también entonces Pericles a su hermana, y a los más de los parientes y amigos que le eran de gran auxilio para el gobierno. Con todo, no desmayó, ni decayó de ánimo con estas desgracias, ni se le vio lamentarse, ocuparse en las exequias o asistir al entierro de alguno de sus deudos antes de la pérdida de su otro hijo legítimo, Páralo. Consternado con tal golpe, procuró, sin embargo, sufrirlo como de costumbre y conservar su

grandeza de ánimo: pero al ir a poner al muerto una corona, a su vista se dejó vencer del dolor hasta hacer exclamaciones y derramar copia de lágrimas, no habiendo hecho cosa semejante en toda su vida.

37

La ciudad puesta la atención en la guerra, había tanteado a los demás generales y oradores, y como en ninguno hallase ni la autoridad ni la dignidad correspondiente a lo arduo del mando, deseosa ya de Pericles, le llamó para la tribuna y para el mando de las tropas; mas hallábase desalentado y encerrado en su casa por el duelo, y fue preciso que Alcibíades y otros amigos le convencieran para que se presentase. Dio excusas el pueblo de su ingratitud y olvido, y él volvió a encargarse de los negocios; nombrósele general, e hizo proposición para que se abrogase la ley sobre los bastardos, que él mismo había introducido antes, para que por falta de sucesión no se acabase su casa y se extinguiera su nombre y su linaje. Lo que hubo acerca de esta ley fue lo siguiente: floreció por largo tiempo antes Pericles en el mando, y teniendo hijos legítimos, como se ha visto, propuso una ley para que sólo se tuviera por Atenienses a aquellos, que fuesen hijos de padre y madre ateniense. Como luego el rey de Egipto hubiese enviado de regalo para el pueblo cuarenta mil fanegas de trigo, habiéndose de repartir a los ciudadanos, por esta ley se movieron a los espurios muchos pleitos, que hasta allí habían estado olvidados y en descuido, y aun muchos fueron calumniosamente acusados, de manera que llegaron hasta muy cerca de cinco mil los que, resultando no tener la calidad, fueron vendidos, y los que permanecieron con los derechos de ciudadanos por haber sido declarados Atenienses subieron a catorce mil y cuarenta. Sin embargo, pues, de que era muy duro que una ley de tan gran poder contra tal muchedumbre fuese abrogada por el mismo que antes la había propuesto, el infortunio presente, venido sobre la casa de Pericles como castigo de aquel orgullo y vanagloria, quebrantó los ánimos de los Atenienses, los cuales, conceptuando que contra aquel se había declarado la ira de los dioses, y la humanidad pedía se le diese consuelo, vinieron en que su hijo bastardo fuese escrito en su propia curia y tomase su nombre. A éste, más adelante, habiendo vencido a los Peloponesos en la batalla de Arginusas, el pueblo le hizo dar muerte, juntamente con los otros sus colegas de mando.

38

A este tiempo la peste acometió a Pericles, no con gran rigor y violencia como a los demás, sino produciendo una enfermedad lenta, que con varias alternativas, poco a poco, consumía su cuerpo y debilitaba la entereza de su espíritu. Así es que Teofrasto, moviendo en su tratado de Ética la duda de si nuestros caracteres siguen en sus vicisitudes a la fortuna, y si conmovidos con las enfermedades del cuerpo decaen de la virtud, refiere que Pericles, estando ya malo, a un amigo que fue a visitarle le mostró un amuleto que las mujeres le habían puesto al cuello, para hacer ver lo malo que estaba cuando se prestaba a aquellas necedades. Estando ya para morir, le hacían compañía los primeros entre los ciudadanos y los amigos que le quedaban, y todos hablaban de su virtud y de su poder, diciendo cuán grande había sido; medían sus acciones, y contaban sus muchos trofeos, porque eran hasta nueve los que mandando y venciendo había erigido en honor de la ciudad. Decíanselo esto unos a otros en el concepto de que no lo percibía y de que ya había perdido enteramente el conocimiento; mas él lo había escuchado todo con atención, y, esforzándose a hablar, les dijo que se maravillaba de que hubiesen mencionado y alabado entre sus cosas aquellas en que tiene parte la fortuna, y que han sucedido a otros generales, y ninguno hablase de la mayor y más excelente, que es, dijo, el que por mi causa ningún Ateniense ha tenido que ponerse vestido negro.

39

¡Admirable hombre, en verdad! No sólo por la blandura y suavidad que guardó en tanto cúmulo de negocios y en medio de tales enemistades, sino por su gran prudencia, pues que entre sus buenas acciones reputó por la mejor el no haber dado nada en tanto poder ni a la envidia ni a la ira, ni haber mirado a ninguno de sus enemigos como irreconciliable; y yo entiendo que sólo su conducta bondadosa y su vida pura y sin mancha, en medio de tan grande autoridad, pudo hacer exenta de envidia y apropiada rigurosamente a él la denominación, al parecer pueril y chocante, que se le dio llamándole Olimpio si tenemos por digno de la naturaleza de los dioses que, siendo autores de todos los bienes y no causando nunca ningún mal, por este admirable orden gobiernen y rijan todo lo criado: no como los poetas, que nos inculcan opiniones absurdas, de que sus mismos poemas los convencen, llamando al lugar en que se dice habitan los dioses una residencia estable y segura, adonde no alcanzan los vientos ni las nubes, sino que siempre y por todo tiempo resplandece invariable con una serenidad suave y una lumbre pura, como corresponde a la mansión de lo bienaventurado e inmortal; cuando a los dioses mismos nos los representan llenos de rencillas, de discordia, de ira y de otras pasiones, que aun en hombres de razón estarían muy mal. Mas esto sería quizá más propio de otro tratado. Por lo que hace a Pericles, los sucesos mismos hicieron muy luego conocer a los Atenenses su falta y echarle menos, pues aun con los que mientras vivía llevaban mal su poder por parecerles que los oscurecía, luego que faltó y experimentaron a otros oradores y demagogos, confesaban a una que ni en el fasto podía darse genio mas dulce, ni en la afabilidad más majestuoso; y se echó de ver que aquella autoridad, un poco incómoda, a la que antes daban los nombres de monarquía y tiranía, había venido a ser la salvaguardia del gobierno: tanta fue la corrupción y perversidad que se advirtió después en los negocios, la cual él había debilitado y apocado, no dejándola comparecer, y menos que se hiciera insufrible por su insolencia.

Fabio Máximo

1

Habiendo sido Pericles en sus hechos, dignos de memoria, tan admirable como queda dicho, convirtamos ahora a Fabio Máximo la narración. Algunos dicen que de una Ninfa, y otros que de una mujer del país ayuntada con Hércules en la orilla del río Tíber, nació el varón de quien descende el linaje magno e ilustre de los Fabios, de los cuales los primeros, según quieren algunos, por el género de caza con hoyos a que fueron dados, se llamaron Fodios en un principio; con el tiempo mudadas dos letras, se dijeron Fabios. Fue fecunda esta casa en muchos y esclarecidos varones, y desde Rulo, el más insigne de ellos, que, por tanto, fue denominado Máximo por los Romanos, era cuarto este Fabio Máximo de quien vamos a hablar. Éste, de un defecto corporal, tuvo además el sobrenombre de Verrucoso, porque encima del labio le había salido una verruga; también el de Ovícula, que significa oveja, el cual se le impuso por su mansedumbre y sosería cuando era muchacho, porque su sosiego y silencio con mucha timidez cuando tomaba parte en las diversiones pueriles, su tardanza en aprender las letras y su apacibilidad y condescendencia con sus iguales pasaban plaza de bobería para los extraños, siendo muy pocos los que bajo aquel sosiego descubrían su natural firmeza y

magnanimidad. Bien pronto después, cuando con el tiempo le excitaron los negocios, hizo ver a todos que era imperturbabilidad la que parecía ineptitud: prudencia, la apacibilidad y seguridad y entereza, la dificultad y tardanza en determinarse, poniendo la vista en la extensión de la república y las continuadas guerras, ejercitaba su cuerpo para los combates como arma natural y cultivaba la elocuencia para la persuasión al pueblo de la manera que más conformaba con su carácter. Porque su dicción no tenía la brillantez ni la gracia popular, sino una forma propia sentenciosa, llena de cordura y profundidad, muy parecida, dicen, a la frase de Tucídides. Todavía nos queda una oración suya al pueblo, que es el elogio fúnebre de su hijo, que murió después de haber ya sido cónsul.

2

De los cinco consulados para que fue nombrado, en el primero triunfó de los Ligures, los cuales, derrotados por él con gran pérdida, se retiraron a los Alpes y dejaron con esto de saquear y molestar la parte de Italia que con ellos confina. Después ocurrió que Aníbal invadió la Italia, y habiendo conseguido una victoria junto al río Trebia, se encaminó a la Etruria, y talando el país, difundió el asombro, el terror y la consternación hasta Roma. Al mismo tiempo sobrevinieron prodigios, parte familiares a los Romanos, como los de los rayos, y parte enteramente nuevos y desconocidos. Porque se dijo que los escudos por sí mismos se habían mojado en sangre, que cerca de Ancio se había segado mies con las espigas ensangrentadas, que por el aire discurrían piedras encendidas e inflamadas, y que, pareciendo que se había rasgado el cielo por la parte de Falerios, habían caído y, esparciéndose muchas tabletas, y en una de ellas aparecía escrito al pie de la letra: “Marte sacude sus propias armas”. Nada de esto intimidó al cónsul Flaminio, que, sobre ser por naturaleza alentado y ambicioso, estaba engreído con sucesos muy afortunados que antes, contra toda probabilidad, había tenido; pues que, a pesar del dictamen del Senado y de la resistencia de su colega, dio batalla a los Galos y los venció. A Fabio tampoco le conmovieron los prodigios, porque ninguna razón veía para ello, sin embargo de que a muchos les pusieron miedo; pero informado del corto número de los enemigos y de su falta de medios, exhortaba a los Romanos a que aguantasen y no entraran en contienda con un hombre que mandaba unas tropas ejercitadas para esto mismo en muchos combates, sino que, enviando socorros a los aliados y fortificando las ciudades, dejaran que por sí mismas se deshicieran las fuerzas de Aníbal, como una llama levantada de pequeño principio.

3

No logró, sin embargo, persuadir a Flaminio, el cual, diciendo no sufriría que la guerra se acercase a Roma, ni como el antiguo Camilo pelearía en la ciudad por su defensa, dio orden a los tribunos para que saliesen con el ejército, y marchando él a caballo, como éste sin causa ninguna conocida se hubiese asombrado y espantado de un modo extraño se venció y cayó de cabeza; mas no por esto mudó de propósito, sino que llevando adelante el de ir en busca de Aníbal, dispuso su ejército junto al lago de la Etruria llamado Trasímeno. Viniendo los soldados a las manos, al propio tiempo de darse la batalla hubo un terremoto, con el que algunas ciudades se arruinaron, las aguas de los ríos mudaron su curso, y las rocas se desgajaron desde sus fundamentos, y sin embargo de ser tan violenta esta convulsión, absolutamente no la percibió ninguno de los combatientes. El mismo Flaminio, después de haber hecho los mayores esfuerzos de osadía y de valor, pereció en la batalla, y a su lado lo más elegido; de los demás que volvieron la espalda, fue grandísima la mortandad; los que perecieron fueron quince mil, y los cautivos, otros tantos. El cuerpo de Flaminio, a quien por su valor ansiaba dar sepultura y todo honor Aníbal, no se pudo encontrar entre los muertos, sin que se hubiese podido saber cómo desapareció. La pérdida de la batalla del Trebia ni en su

aviso la escribió el general, ni la dijo el mensajero enviado a la ligera, sino que se fingió que la victoria había sido incierta y dudosa. Mas en cuanto a ésta, apenas llegó de ella la noticia al pretor Pomponio, cuando, reuniendo en junta al pueblo, sin usar de rodeos ni de engaños, salió en medio de ellos, y “Hemos sido vencidos ¡oh Romanos!- les dijo- en una gran batalla: el ejército ha sido deshecho y el cónsul Flaminio ha perecido; consultad, por tanto, sobre vuestra salud y seguridad”. Arrojando, pues, este discurso como un huracán en el mar de tan numeroso pueblo, causó gran turbación en la ciudad, y los ánimos no quedaron en su asiento, ni podían volver en sí de tanto asombro. Convinieron, sin embargo, todos en este pensamiento: que el estado de las cosas exigía de necesidad el mando libre de uno solo, al que llaman dictadura, y un hombre que lo ejerciera imperturbable y confiadamente, y que éste no podía ser otro que Fabio Máximo, el cual reunía una prudencia y una opinión de conducta correspondientes a la grandeza del encargo, y era además de una edad en la que el cuerpo está en robustez para poner por obra las resoluciones del ánimo, y al mismo tiempo la osadía está ya subordinada a la discreción.

4

Tomada esta determinación, fue Fabio Máximo nombrado dictador, y habiendo él mismo nombrado maestro de la caballería a Lucio Minucio, lo primero que pidió al Senado fue que se le permitiera usar de caballo en el ejército; porque no se podía, antes estaba expresamente prohibido por una ley antigua, bien fuese porque consistiendo su principal fuerza en la infantería les pareciese que el general debía permanecer con ella y no separarse, o bien porque siendo en todo lo demás regia y desmedida esta autoridad, quisieran que el dictador quedase en esto pendiente del pueblo. Además, queriendo desde luego Fabio mostrar lo grande y esplendoroso de aquella dignidad para tener más sumisos y obedientes a los ciudadanos, salió en público, llevando ante sí veinticuatro fasces, y como viniese hacia él el otro de los cónsules, le envió un lictor con la orden de que despidiese las fasces, y deponiendo todas las insignias del mando, viniera como un particular adonde estaba. En seguida, tomando de los dioses el mejor principio, y dando a entender al pueblo que el general, por olvido y desprecio de las cosas divinas y no por falta de sus soldados, había incurrido en aquella ruina, le exhortó a que no temiese a los enemigos con aplacar y venerar a los dioses; no porque pensase en fomentar la superstición, sino con la mira de alentar con la piedad el valor, y de quitar y templar, con la esperanza puesta en los dioses, el miedo de los enemigos. Registráronse en aquella ocasión muchos de los libros proféticos arcanos, a que daban grande importancia, llamados sibilinos, y se dice que varios de los vaticinios en ellos contenidos venían muy acomodados a las desgracias y sucesos entonces presentes, bien que su contenido con ninguno otro podía comunicarse. Presentándose, pues, el Dictador ante la muchedumbre, hizo voto a los dioses de toda la cría que hasta la primavera de aquel año tuviesen las cabras, las cerdas, las ovejas y las vacas en todos los montes, campiñas, ríos, y lagos de la Italia, y ofrecérselo todo en sacrificios: ofreció además espectáculos de música y escénicos, en que se gastasen trescientos treinta y tres sestercios, y trescientos treinta y tres denarios, y un tercio más; que en una suma hacen ochenta y tres mil quinientos ochenta y tres dracmas y dos óbolos. Es difícil dar la razón del cuidadoso modo de numerar aquella cantidad; a no ser que crea alguno haber sido recomendación de la virtud del número tres, porque por su naturaleza es perfecto, el primero de los impares, principio en sí del plural, y abraza las primeras diferencias y los elementos de todo número, mezclándolos y como juntándolos en uno.

5

Convirtiendo así Fabio la atención de la muchedumbre hacia la religión, la hizo concebir mejores esperanzas, y poniendo él en sí mismo toda la confianza de la victoria,

bien cierto de que Dios da la dicha a los hombres por medio de la virtud y la Prudencia, partió en busca de Aníbal no para dar batalla, sino con la determinación de quebrantar y aniquilar en éste, con el tiempo, la pujanza; con la sobra de los Romanos, su escasez de medios, y con la población de Roma, su corto número. Así siempre se le veía por alto a causa de la caballería enemiga, poniendo sus reales en lugares montañosos; en reposo, si Aníbal se estaba quieto, y si éste se movía siguiéndole alrededor de las eminencias, y apareciéndose siempre en disposición de que no se le pudiera obligar a pelear si no quería; pero infundiendo al mismo tiempo miedo a los enemigos con aquel cuidado, como si les fuese a presentar batalla. Dando de esta manera tiempo al tiempo, todos le tenían en poco, hablándose mal de él aun en su mismo ejército, y lo que es a los enemigos todos, excepto a Aníbal, les parecía sumamente irresoluto, y que no era para nada. Él sólo penetró su sagacidad y el género de guerra que se había propuesto hacerle, y reflexionando que era preciso por todos medios de maña y de fuerza mover a aquel hombre, sin lo cual eran perdidas las cosas de los Cartagineses, no pudiéndose hacer uso de aquellas armas en que eran superiores, y apocándoseles y gastándoseles cada día en balde aquellas de que ya escaseaban, que era la gente y los caudales, echando mano de todo género de artificios y escaramuzas militares y buscando, a manera de buen atleta, algún asidero, hacía tentativas, ya acercándosele, ya causando alarmas, y ya llamándole por diferentes partes, todo con el objeto de sacarle de sus propósitos de seguridad. Mas en él su juicio, que estaba siempre aferrado a sólo lo que convenía, se mantenía constantemente firme e invariable. Incomodábale también el maestro de la caballería, Minucio, ansioso intempestivamente de pelear, sumamente arrojado y que en este sentido arengaba al ejército, al que él mismo había llenado de un ímpetu temerario y de vana confianza; así los soldados se burlaban de Fabio llamándole el pedagogo de Aníbal, y a Minucio le tenían por varón excelente y por general digno de Roma. Concibiendo con esto más animo y temeridad, decía, en aire de burla, que aquellos campamentos por las alturas eran teatros que el dictador les proporcionaba para que pudieran ver las devastaciones e incendios de la Italia, Preguntaba también a los amigos de Fabio si pensaba subir el ejército al cielo desconfiado ya de la tierra, o esconderse entre las nubes y las nieblas para escapar de los enemigos. Referían los amigos a Fabio estos insultos, y como le excitasen a que con pelear borrara esta afrenta: “Entonces sería yo más tímido que ahora-les dijo-si por miedo de los dicterios y de ser escarnecido me apartara de mis determinaciones. El miedo por la patria no es vergonzoso, mientras que el salir de sí por las opiniones de los hombres, por sus calumnias y sus reprensiones no es digno de un varón de tanta autoridad, sino del que se esclaviza a aquellos a quien debe mandar, y aun dominar, cuando piensan desacertadamente”.

6

En este estado cae Aníbal en un yerro; porque queriendo llevar su ejército más lejos del de Fabio, y establecerse en terreno que abundase más en pasto, dio orden a los guías de que inmediatamente después de la cena le condujeran al campo Casinate. No habiendo éstos, a causa de la pronunciación extranjera, entendido bien lo que se les decía, conducen todas las tropas al extremo de la Campania, a la ciudad de Casilino, por medio de la cual corre el río Lótrono, llamado de los Romanos Vulturno. Está aquella región coronada por lo más de montañas; pero hacia el mar se extiende un valle, donde ensanchándose el río forma lagunas, y además hay en él grandes montones de arena, viniendo a terminar en una playa muy inquieta e inaccesible. Encerrado allí Aníbal, Fabio, que tenía conocimiento de los caminos, le tomó los pasos, y para cortarle la salida apostó cuatro mil infantes, y colocando en buena posición sobre las alturas el resto de sus tropas, con los más ligeros y más denodados dio alcance a la retaguardia de los enemigos, y desordenó todo su ejército, matándoles unos ochocientos hombres.

Aníbal entonces, queriendo sacarle de allí, echó de ver el yerro que se había padecido, y el peligro; y lo primero que hizo fue poner en un palo a los guías; mas desconfió de apartar y vencer a los enemigos, que se hallaban apoderados de los lugares ventajosos. Estaban todos desalentados y acobardados, considerándose cercados por todas partes y sin tener salida alguna, cuando a Aníbal le ocurrió una astucia con que engañar a los enemigos, que fue de este modo: Mandó que tomando como dos mil vacas de las del botín se les atasen sendos hachones en los cuernos, o haces de ramajes o sarmientos secos, y que a la noche, pegando a éstos fuego a la señal que se diese, se las encaminara hacia las eminencias por los puntos estrechos donde tenían sus centinelas los enemigos. Mientras atendían a esto aquellos a quienes lo encargó, poniendo él en movimiento el grueso del ejército cuando ya había anochecido, marchaba con sosiego. Las vacas, mientras el fuego no tomó cuerpo, y sólo se quemaba la leña, andaban reposadamente conducidas por la falda del monte, de manera que pasmados los pastores y vaqueros situados en las alturas de aquellas luces que ardían en lo alto de los cuernos, les parecía ser de un ejército que marchaba con multitud de hachas en el mejor orden. Mas después que encendido el cuerno hasta la raíz se hizo sentir el fuego en la carne, y que moviendo y sacudiendo con el dolor las cabezas se llenaron unas a otras de mucha llama, ya no guardaron orden en su dirección, sino que, espantadas e irritadas, dieron a correr a lo alto de los montes, llevando encendido el testuz y la cola, y encendiendo también muchos de los matorrales por donde huían: espectáculo muy espantoso para los Romanos, puestos de guardia en aquellos oteros. Porque parecía que las luces eran llevadas por hombres que iban corriendo; entróles por tanto, mucha turbación y miedo, imaginándose que de diversas partes venían enemigos sobre ellos, y que por todas estaban cercados. No teniendo, pues, valor para mantenerse en sus puestos, se retiraron al centro del campamento, abandonando las gargantas. Con esta oportunidad inmediatamente las tropas ligeras de Aníbal ocuparon las alturas, y ya toda la demás fuerza había marchado sin ser inquietada, llevándose una abundante y rica presa.

7

Fabio bien se percibió del engaño en la misma noche, porque algunas de las vacas que huyeron espantadas habían venido a dar en su poder; temiendo, sin embargo, alguna celada preparada a favor de las tinieblas, tuvo inmóvil el ejército sobre las armas. Luego que amaneció se puso en persecución de los enemigos y alcanzando la retaguardia, se trabó combate en terreno quebrado, por lo que en éstos era grande la confusión, hasta que Aníbal, haciendo salir de aquellas gargantas a los Españoles, más ejercitados en trepar por los montes, gente muy lista y de gran ligereza, los envió contra la infantería pesada de los Romanos, en la que hicieron bastante mortandad, y obligaron a Fabio a retirarse. Con esto crecieron las habladurías y el menosprecio contra él; porque no poniendo en las armas su confianza, sino aspirando a triunfar de Aníbal con la sagacidad y previsión, aparecía vencido y burlado con estos mismos medios, y queriendo Aníbal encender todavía más el encono de los Romanos contra Fabio, llegado que hubo adonde estaban sus posesiones, mandó que se talara e incendiara todo lo demás, y sólo a aquellas se perdonara, dejando una guardia que no permitiera destruir o tomar nada de lo que allí había. Todo esto fue anunciado en Roma, dándosele gran valor, levantando mucho el grito los tribunos de la plebe, a instigación principalmente de Metilio, que atizaba aquel fuego, no tanto por enemistad a Fabio, como porque teniendo deudo con Minucio, el maestro de la caballería, juzgaba que cedían en honor y aprecio de éste aquellos rumores. Había además caído en la indignación del Senado, por llevar éste a mal el tratado que acerca de los cautivos había hecho con Aníbal; porque le había otorgado que se canjearía hombre por hombre, y que si de la una de las partes era mayor el número, por cada uno de los que se entregasen se darían doscientas y

cincuenta dracmas. Por tanto, cuando hecho el canje se halló que todavía le quedaban a Aníbal doscientos y cuarenta, el Senado resolvió no enviar su rescate, y se culpó a Fabio de que, contra toda razón y conveniencia, tratara de volver a Roma a unos hombres que por cobardía habían sido presa de los enemigos. Enterado de esta resolución Fabio, sufrió muy resignadamente el encono de los ciudadanos; mas no teniendo caudal propio, y no queriendo faltar a lo tratado, ni dejar abandonados a aquellos infelices, envió a Roma a su hijo con orden de que vendiera sus tierras y le llevara al punto el importe al ejército. Vendiólas éste, efectivamente, y vuelto allá con suma presteza, envió Fabio el rescate a Aníbal, y recobró los cautivos. Muchos de éstos quisieron remitírselo después, pero no quiso recibirlo de nadie, sino que lo perdonó a todos.

8

Llamaron a Fabio a Roma después de estos sucesos los sacerdotes para ciertos sacrificios, y entregó el mando a Minucio, no sólo con precepto que como emperador le imponía de no entrar en batalla ni tener reencuentros con los enemigos, sino haciéndole sobre ello encarecidas instancias, de las que él hizo tan poca cuenta, que al punto se puso a provocarlos; y habiendo observado en una ocasión que Aníbal había destacado la mayor parte del ejército a acopiar víveres, atacó a los que habían quedado, los encerró dentro del vallado, con pérdida de no pocos, y aun a todos les hizo concebir temores de que los tenía sitiados. Recogió después Aníbal todas sus fuerzas a los reales, y él se retiró con la mayor seguridad, muy ufano por su parte con lo hecho, y habiendo inspirado al ejército un desmedido arrojo. Muy pronto llegó a Roma la noticia, exagerada mucho más allá de lo cierto; y cuando la oyó Fabio: “Lo que más temo- dijoes esta buena suerte de Minucio”. Mas el pueblo se ensoberbeció; y habiendo corrido a la plaza con grande regocijo, entonces el tribuno Metilio, subiendo a la tribuna, empezó a arengarle, celebrando mucho a Minucio, acusando a Fabio no ya de flojedad y cobardía, sino de traición, y culpando juntamente a muchos de los más poderosos y principales de que desde el principio, con la mira de humillar a la plebe, quisieron atraer la guerra y arrojar la ciudad en una monarquía ilimitada, la que dando largas a los negocios, facilitara a Aníbal traer de nuevo otro ejército del África, como dueño ya de la Italia.

9

No se cuidó Fabio de defenderse en la junta pública de las acusaciones del tribuno, y sólo dijo que iba a despachar prontamente los sacrificios y ceremonias para volver al ejército e imponer el debido castigo a Minucio, porque, contra su prohibición, había combatido con los enemigos. Moviése con esto gran alboroto en la plebe, viendo que corría mucho peligro Minucio, porque el dictador tiene facultad para prender y castigar sin formación de causa, y notando que la ira había sacado a Fabio de su gran mansedumbre, graduábala de terrible e implacable. Por esto mismo los demás se contuvieron; pero Metilio, alentado con la inmunidad del tribunado- porque elegido dictador, este solo cargo no se disuelve, sino que permanece, anulados todos los demás-, no cesaba de arengar al pueblo, pidiendo que no desamparara a Minucio ni consintiera le sucediese lo que Manlio Torcuato ejecutó con su hijo, haciéndole cortar con la segur la cabeza, triunfante y coronado como estaba, sino que despojase a Fabio de la tiranía y pusiera la república en manos que pudieran y quisieran salvarla. Hicieron grande impresión en los ánimos estas razones; más no se atrevieron, sin embargo de haber humillado a Fabio, a imponerle la precisión de abdicar la dictadura, contentándose con decretar que Minucio, igualado en el mando de las tropas con el dictador, partiera con él la guerra, usando de la misma autoridad, cosa nunca vista antes en Roma, pero repetida poco después de resulta de la derrota de Canas, porque también era entonces dictador en los ejércitos Marco Junio, y viéndose en la ciudad precisados a completar el Senado,

habiendo muerto muchos senadores en la batalla, eligieron en segundo dictador a Fabio Buteón. Mas éste, luego que en uso de su autoridad eligió los que le faltaban y completó el Senado, deponiendo en el mismo día las fasces y sustrayéndose a los que le acompañaban, se metió y confundió con la muchedumbre, y para tratar y arreglar un negocio propio suyo volvió a la plaza como un particular.

10

Asociando con el dictador para tan importantes negocios a Minucio, pensaron abatir y humillar a aquel, en lo que dieron muestras de conocer muy poco su carácter, porque no miraba como desgracia suya aquella ceguedad, sino que, al modo que Diógenes el sabio, diciéndole uno: “Éstos te escarnecen”, respondió: “Pues yo no soy escarnecido”, teniendo por dignos solamente de burla a los que se acobardan y turban con tales cosas, así también Fabio no se dio por sentido ni se incomodó por sí con aquella determinación, contribuyendo a demostrar lo que opinan algunos filósofos: que el varón recto y bueno no puede ser afrentado ni deshonorado. Lo que sí le afligía era el desacierto de la muchedumbre en lo tocante al bien público, dando facilidad para hacer la guerra a un hombre que adolecía de desmedida ambición. Temiendo, por tanto, no fuera que éste, enloquecido del todo con la vanagloria y el orgullo, se apresurara a hacer algún disparate, salió de Roma sin noticia de nadie, y, llegado al ejército, encontró a Minucio no moderado y tranquilo, sino displicente e hinchado, ansioso por mandar alternativamente cosa en que Fabio no quiso condescender; y lo que hizo fue partir las tropas con él, teniendo por mejor mandar sólo una parte que mandar el todo de aquella manera. Tomó, pues, para sí las legiones primera y cuarta, y dio a Minucio la segunda y tercera, y por el mismo término se repartieron las fuerzas auxiliares. Quedó Minucio muy orgulloso y contento con que la dignidad del mando más elevado y supremo hubiese sufrido aquella disminución y despedazamiento por consideración a él; pero Fabio le hizo la advertencia de que considerara que no era con él con quien había de contender, sino con Aníbal; mas que, con todo, si aun quería altercar con su colega, debía poner la atención en que no pareciese que el que había vencido con los ciudadanos y había sido de ellos honrado, cuidaba menos de su salud y seguridad que el humillado y ofendido.

11

Minucio miró esta amonestación como jactancia de un viejo, y haciéndose cargo de las fuerzas que le habían cabido en suerte, se fue a acampar solo y aparte; teniendo Aníbal noticia de cuanto pasaba, y estando en acecho de cualquier ocasión. Había en medio un collado, no difícil de tomar, y tomado, muy seguro para un campamento, con bastante extensión para todo. El terreno de alrededor, visto de lejos, parecía igual y llano, porque estaba despejado: pero tenía algunas acequias y, además, algunas cuevas. Podía muy bien Aníbal tomar, sin hacerse sentir, este collado; mas no quiso, sino que lo dejó para ocasión o motivo de venir a las manos. Luego que vio a Minucio separado de Fabio, escondió de noche en las acequias y en las cuevas a algunos de sus soldados, y al rayar el día, abiertamente envió otros en corto número a ocupar el collado, para llamar y hacer caer hacia aquel paraje a Minucio, y así cabalmente sucedió. Primero envió éste las tropas ligeras; después, la caballería, y a la postre, viendo que Aníbal enviaba socorro a los del collado, bajó con todas sus fuerzas en orden de combatir, y habiendo trabado una recia batalla, atropellaba a los que sostenían aquella altura, envuelto con ellos en una lucha muy igual; hasta que, observándole Aníbal completamente engañado y que dejaba la espalda enteramente descubierta a los de la celada, dio a éstos la señal; salieron entonces por diversas partes a un tiempo; y los acometieron con gritería, y, destrozando la retaguardia, es inexplicable la turbación y abatimiento que cayó sobre los Romanos. Quebrantóse también la arrogancia del mismo Minucio, que dirigía sus miradas ya a

este, ya al otro caudillo, no osando ninguno mantenerse en su puesto, sino entregándose todos a la fuga, que no les fue de provecho, porque los Númidas, que eran ya dueños del terreno, acabaron con los dispersos.

12

¡En tan mala situación se hallaban los Romanos! Pero Fabio no ignoraba su conflicto; antes, habiendo previsto, según parece, lo que iba a suceder, tenía todas las tropas prontas sobre las armas, y para saber lo que pasaba no se valió de espías, sino que él mismo se puso de atalaya delante del campamento. Luego que vio cortado y desordenado el ejército, y llegó a sus oídos la gritería de los que no guardaban formación, sino que huían espantados, dándose una gran palmada en el muslo y sollozando profundamente: “¡Por Hércules- exclamó-, cómo Minucio se ha perdido más presto de lo que yo esperaba, aunque quizá más tarde de lo que él hubiera deseado!” Y dando orden de sacar sin dilación las banderas, y de que le siguiese el ejército: “¡Éste, oh soldados- gritó-, éste es el momento de que se apresure el que conserve en su memoria a Marco Minucio, porque es un varón excelente y amante de su patria, y si en algo ha errado, con el deseo de arrojar cuanto antes a los enemigos, después le daremos las quejas!” Corre, pues, el primero, dispersa a los Númidas que discurrían por el llano, y en seguida se dirige contra los que combatían por retaguardia a los Romanos, matando a los que encuentra, con lo que los demás ceden y toman la fuga para no ser alcanzados y que no les suceda verse en el mismo caso en que ellos habían puesto a los Romanos. Aníbal, al ver aquella mudanza, y que Fabio, con más ardor del que a su edad correspondía, trepaba hacia el collado a unirse con Minucio, haciendo con la trompeta señal de retirada, volvió su ejército a los reales, y también los Romanos se retiraron contentos. Cuéntase que Aníbal, en esta retirada, hablando de Fabio, dijo con chiste a sus amigos una especie como ésta: “¿No os predije yo muchas veces que aquella nube, agarrada siempre a los montes, algún día arrojaría agua con huracán y con tormenta?”.

13

Retiróse Fabio después de la acción sin hacer otra cosa que despojar a los enemigos que habían muerto, no profiriendo expresión ninguna de arrogancia o de ofensa acerca de su colega Minucio; pero éste, juntando sus tropas: “Camaradas- les dijo-, no cometer yerros en los grandes negocios es cosa muy superior a las humanas fuerzas; pero que el que erró aproveche la lección de sus escarmientos para lo sucesivo, es de hombre recto y que escucha la razón. Yo, si tengo que culpar en algo a la fortuna, mucho más es lo que tengo que agradecerle, porque lo que hasta ahora no había comprendido en tanto tiempo acabo de aprenderlo en una mínima parte de un día, quedando convencido de que no soy para mandar a otros, sino que necesito de un jefe, y no ponerme a querer vencer a aquellos de quienes me está mejor ser vencido. En las demás cosas será ya el dictador quien os mande; pero en la gratitud hacia él, yo he de ser todavía vuestro general, poniéndome en su presencia obediente y dispuesto a hacer cuanto me mandare”. Dicho esto, mandando tomar las águilas y que todos le siguiesen, guió al campamento de Fabio, y ya dentro de él se encaminó a la tienda del general con admiración y sorpresa de todos. Saliéndole Fabio al encuentro, depuso aquel al punto las insignias, llamándole padre en alta voz, y en la misma llamaban sus soldados patronos a los de Fabio, que es la exclamación en que prorrumpen los que reciben la libertad con aquellos que se la dan. Cuando ya hubo silencio, dijo Minucio: “Dos victorias ¡oh dictador! has alcanzado en el día de hoy, venciendo con el valor a Aníbal y con la prudencia y la generosidad a tu colega: con aquella nos has salvado y con ésta has dado una admirable lección a los que, si de parte de los enemigos sufrieron una vergonzosa derrota, de la que tú les has causado se glorían, porque han hallado en ella su salud. Te llamo padre, porque no encuentro nombre más honroso que darte,

debiéndote mayor agradecimiento que al que me dio el ser, porque aquel me engendró a mí sólo y tú me has salvado con todos éstos”. Acabado este discurso, abrazó y saludó con un ósculo a Fabio, siendo cosa de ver que otro tanto ejecutaban sus soldados, porque se enlazaban y besaban unos a otros, inundando el campamento de alegría y de dulces lágrimas.

14

Depuso Fabio después de estos sucesos la dictadura, y volvieron a nombrarse otra vez cónsules, de éstos, los primeros adoptaron el sistema de guerra que aquel había establecido, huyendo el pelear de poder a poder con Aníbal y contentándose con socorrer a los aliados e impedir la deserción. Eligióse después para el consulado a Terencio Varrón, hombre de linaje oscuro, pero que se había hecho lugar con adular a la plebe y con su carácter insolente; así, desde luego se echó de ver que con su inexperiencia y su temeridad iba a aventurarlo todo, porque se le oía vociferar en las juntas que la guerra duraría mientras la ciudad confiara el mando a los Fabios, pero que, para él, presentarse y vencer a los enemigos todo sería uno. Con esto, al punto recogió y levantó tantas fuerzas cuantas para ninguna otra guerra habían empleado los Romanos, porque se reunieron para la batalla hasta ochenta y ocho mil hombres, motivo de gran temor para Fabio y para todos los hombres de juicio, porque no esperaban que pudiera recobrase la ciudad si se desgraciaba aquella brillante juventud. Por esta razón se dirigió al colega de Terencio, Paulo Emilio- que era buen militar, mas no grato al pueblo, y estaba escamado de la muchedumbre por una multa que se le había impuesto para el erario-, con propósito de darle ánimo y exhortarle a hacer oposición a la locura de aquel, manifestándole que su contienda en beneficio de la patria, más que con Aníbal había de ser con Terencio, porque se apresurarían a la batalla, éste, no conociendo en qué consistían sus fuerzas, y aquel,- estando bien convencido de su flaqueza. “Mas yo ¡oh Paulo!- dijo con más justicia deberé ser de ti creído que no Terencio si te aseguro acerca del estado de las cosas de Aníbal que éste, no peleando nadie con él en todo este año, o infaliblemente caerá, si se obstina en mantenerse aquí, o tendrá precisamente que marchar; pues con parecer que ahora vence y está pujante, ninguno de sus contrarios se le ha pasado, ni tiene la tercera parte de las fuerzas con que vino.” A esto se dice que Paulo contestó en estos términos: “Por mí ¡oh Fabio!, cuando considero mi situación, tengo por mejor caer oprimido de las lanzas de los enemigos que de los votos de los ciudadanos; mas si nuestras cosas públicas están en el estado que dices, más me esforzaré por acreditarme contigo de buen capitán, que no con todos los demás que quieran obligarme a seguir un dictamen contrario al tuyo”. Con esta resolución partió Paulo para la guerra.

15

Terencio hizo empeño en que alternaran por días en el mando, y estando acampados a la vista de Aníbal, junto al Áufido y las que se llamaban Canas, al mismo amanecer puso la señal de batalla, que era un paño de púrpura tendido encima de la tienda del general. Sorprendiéronse al principio los Cartagineses viendo aquel arrojito del cónsul y la muchedumbre de los enemigos, cuando ellos no eran ni siquiera la mitad. Aníbal mandó a las tropas tomar las armas, y, montando a caballo, se puso con unos cuantos sobre una ligera eminencia a hacerse cargo de los enemigos, que ya estaban formados. Díjole entonces uno de los que con él estaban, hombre de igual autoridad con él, llamado Giscón: “¡Qué maravillosa es esta multitud de enemigos!” Y Aníbal, arrugando la frente: “Pues otra cosa más maravillosa se te ha pasado”, le contestó. Preguntóle Giscón cuál era, y él respondió que, con ser tantos, ninguno de ellos se llamaba Giscón. Dicho así este chiste, cuando menos podía esperarse, les causó a todos mucha risa; y como bajando del otero lo fuesen refiriendo a los que encontraban al paso, les hacía a todos

reír de tan buena gana, que nunca podían contenerse los que estaban al lado de Aníbal. A los Cartagineses, que lo veían, les inspiraba esto gran confianza, considerando que tanta risa, y estar tan de chanza el general en aquellos momentos, no podría nacer sino de mucha seguridad y menosprecio del peligro.

16

En la batalla usó de dos estratagemas: la primera fue procurar tener el viento por la espalda; era a la sazón parecido a un torbellino de fuego, y levantando de aquellas llanuras, bastante polvorientas y descubiertas, gran cantidad de arena, pasándola por encima de los Cartagineses, la impelía hacia los Romanos, y se la arrojaba en la cara, haciéndoles volverla y perder el orden. El segundo consistió en la formación, porque lo más fuerte y aguerrido de sus tropas lo colocó de uno y otro lado del centro, y éste lo llenó de lo más endeble, haciendo que esta especie de cuña saliese bastante adelante respecto del cuerpo de la falange. Encargó a los más esforzados que cuando los Romanos acometiesen a éstos, y llevándose los por delante, el centro quedase abierto, y formando seno recibiera a aquellos dentro de la falange, haciendo ellos una conversión por uno y otro lado, los cargasen oblicuamente y los envolviesen, cogiéndolos por la espalda, que fue, a lo que parece, lo que causó tan gran mortandad; pues luego que cediendo el centro se llevó tras sí en su persecución a los Romanos, y que la falange de Aníbal, mudando de posición, formó como media luna, y doblando repentinamente las tropas elegidas, a la voz de sus jefes, unos a la izquierda y otros a la derecha, cubrieron los claros, entonces, todos los que no previnieron el ser cercados se encontraron como presos y perecieron. Dícese que también a la caballería romana le ocurrió un accidente extraño, porque herido, a lo que se cree, el caballo de Paulo, lo derribó, y de los que estaban a su lado se fueron apeando uno, y otro, y otro, y a pie se le pusieron delante para protegerle. Los de a caballo, al verlos, pensaron que aquello dimanaba de una orden general, y echando todos pie a tierra, así se arrojaron sobre los enemigos, lo que, observado por Aníbal, “¡Más quiero esto- exclamó- que el que me los hubieran dado atados!” Pero estos incidentes son para los que escriben la historia con toda extensión. De los cónsules, Varrón, con unos pocos, se retiró a la ciudad de Venusia; pero Paulo, en el desorden y confusión de aquella fuga, plagado su cuerpo de los dardos clavados en las heridas y oprimida su alma con tal desgracia, se había sentado en una piedra esperando un enemigo que le diera la muerte. Estaba, por la mucha sangre que le inundaba la cabeza y el rostro, enteramente desfigurado, de modo que sus amigos y sus mismos sirvientes, por no conocerle, pasaron de largo. Sólo Cornelio Léntulo, joven de familia patricia, le vio y reconoció, y, apeándose de su caballo, le acarició y rogó que subiese en aquel y se salvara, para bien de los conciudadanos, que entonces más que nunca necesitaban de un buen general. Paulo se negó a sus ruegos, y obligó con lágrimas a aquel joven a que otra vez montase; y entonces, tomándole la diestra y dando un profundo suspiro: “Anuncia ¡oh Léntulo!- le dijo- a Fabio Máximo, y sé testigo para con él que Paulo Emilio siguió su dictamen hasta la muerte, y en nada faltó a lo que él había concertado, sino que fue vencido, primero por Varrón y después por Aníbal”. Dado este encargo, despidiéndose de Léntulo, se mezcló entre los que estaban bajo el hierro de los enemigos, y murió con ellos. Dícese que murieron en la misma acción cincuenta mil Romanos, y cuatro mil fueron tomados vivos, y que después de la batalla fueron cautivados, cuando menos, otros diez mil en ambos campamentos.

17

Después de tan señalada victoria incitaban a Aníbal sus amigos para que no desperdiciara su fortuna, y tras los enemigos, en el mismo punto de su fuga, cayera sobre Roma, pues al quinto día de la victoria cenaría en el Capitolio; pero no es fácil explicar qué consideración pudo contenerlo; más bien diremos que fue obra de algún

genio o algún dios que quiso estorbárselo, que no demasiado recelo o temor suyo; así se cuenta que el cartaginés Barca le dijo con enfado: “Tú, Aníbal, sabes vencer; pero no sabes aprovecharte de la victoria”. Con todo, hizo esta victoria tal mudanza en sus cosas, que no teniendo antes de la batalla ni una ciudad, ni un mercado, ni un puerto en Italia, por lo que con gran trabajo y dificultad recogía los precisos víveres para el ejército, y se había arrojado a la guerra sin poder contar con nada, pareciendo su ejército a una cuadrilla de bandoleros que anda errante de una parte a otra, entonces casi toda la Italia se puso en su poder. Porque la mayor y más poderosa parte de los pueblos voluntariamente se pasaron a su partido, y a Capua, que después de Roma es la más insigne de sus ciudades, también la atrajo a él. Ésta fue una ocasión en que se vio que una gran calamidad no sólo sirve para hacer prueba de los amigos, que es la expresión de Eurípides, sino que también de los grandes generales, pues lo que antes de aquella batalla se graduaba en Fabio de cobardía e insensibilidad, después de ella pareció al punto, no ya una prudencia humana, sino un oráculo y providencia divina y milagrosa, que prevé con anticipación aquellos sucesos que aun a los que los palpan se les hacen increíbles. Por tanto, al momento puso en él Roma la esperanza que le quedaba, y como a un templo o ara se acogió a su juicio, habiendo sido su cordura la primera y más poderosa causa para que estuviesen quedos y no se desbandasen como en la irrupción de los Galos. Porque aquel mismo, que se mostraba precavido y desconfiado en los momentos en que nada había de siniestro, ahora, cuando todos se abandonaban a una aflicción excesiva y a un dolor que no los dejaba para nada, él sólo discurría por la ciudad con paso sosegado, con semblante sereno y con afables palabras, haciendo desear los lloros mujeriles y disipando los corrillos de los que se congregan en los parajes públicos para lamentar tales calamidades. Hizo también que se juntase el Senado, y alentó a los magistrados, siendo el vigor y poder de toda autoridad, que sólo en él ponía los ojos.

18

Puso guardas en las puertas para que estorbasen el paso a la muchedumbre que trataba de huir y abandonar la ciudad. Señaló lugar y término al luto, mandando que sólo se hiciese dentro de casa y por treinta días, pasados los cuales cesase todo duelo y no quedasen en la ciudad vestigios de él. Vino a caer en aquellos días la fiesta solemne de Ceres, y pareció más conveniente omitir los sacrificios y toda la demás pompa de ella, que hacer patente con el corto número y el abatimiento de los concurrentes la grandeza de aquella desventura; cuanto más, que hasta la Divinidad parece que se regocija con adoradores que estén contentos. Para aplacar a los dioses y apartar lo infausto de los prodigios, hízose lo que los augures prescribieron, porque fue enviado a Delfos, a consultar al dios, Píctor, pariente de Fabio; y como se hubiese echado de ver que habían sido seducidas dos de las vírgenes vestales, la una fue enterrada viva, como es costumbre, y la otra se dio la muerte. Lo que hubo más de admirar en la prudencia y mansedumbre de la ciudad fue que, viniendo de aquella fuga el cónsul Varrón tan humillado y abatido como debía venir quien de tanta afrenta e infortunio había sido causa, le salieron a recibir hasta la puerta el Senado y el pueblo, haciéndole la salutación acostumbrada, y los magistrados y los principales senadores, de cuyo número era Fabio, cuando hubo silencio, le elogiaron de que no había desesperado de la república después de tamaña desgracia, sino que se presentaba para ponerse al frente de los negocios, obrar según las leyes y valerse de los ciudadanos, como que todavía tenían remedio.

19

Luego que supieron que Aníbal, después de la batalla, se retiró a otra parte de la Italia, empezaron a tomar aliento y enviaron contra él generales y ejércitos. Eran entre aquellos los más señalados Fabio Máximo y Claudio Marcelo, dignos acaso de igual

admiración por sus caracteres, enteramente opuestos, porque éste, como lo decimos en el libro de su Vida, siendo de una actividad brillante y osada, y al mismo tiempo acuchillador, y tal por su índole como aquellos a quienes Homero llama pendencieros y arrogantes, y en el modo de hacer la guerra arrojado e impetuoso, propio para contrarrestar la osadía de Aníbal, fue el primero a mover peleas y encuentros; mas Fabio, atendido siempre a sus primeras ideas, tenía esperanza de que, no entrando nadie en combate con Aníbal, él mismo se había de consumir por sí, y con la guerra se había de quebrantar, perdiendo prontamente su robustez, como el cuerpo de un atleta cuando su fuerza es excesiva y se la ha cansado sin miramiento. Por esta razón dice Posidonio que a éste se le dio por los Romanos el nombre de escudo, y a Marcelo el de espada, y que unida la seguridad y circunspección de Fabio con el carácter de Marcelo fueron la salvación de Roma. Porque Aníbal, con tener que salir al encuentro frecuentemente a éste, como a un río que sale de madre, tenía en continua agitación y destruidas sus fuerzas: y con el otro, que parecía tener una corriente mansa y que no se le acercaba sino con gran tiento, las gastaba también y destruía de un modo insensible; y al fin vino a verse tan apurado, que Marcelo le fatigaba peleando, y a Fabio le temía porque huía de pelear, pudiendo decirse que por todo el tiempo tuvo que contender con estos dos, como pretores, como procónsules o como cónsules, porque cada cual de ellos fue cónsul cinco veces. Mas a Marcelo, cuando servía el quinto consulado, logró armarle una celada, y en ella le quitó la vida; con Fabio, aunque en muchas ocasiones usó de toda suerte de engaños y astucias, nada adelantó; sólo una vez llegó como a enredarle un poco y hacerle tropezar. Fingió y remitió cartas a Fabio de los más autorizados y poderosos de Metaponto, en el sentido de que la ciudad se le entregaría si a ella acudiese, y que los que a esto se decidían no aguardaban sino que llegara y se presentara en las inmediaciones. Fue seducido Fabio con estas cartas, y tomando parte del ejército, pensaba encaminarse allá en aquella noche; mas habiéndole sido infaustos los agüeros de las aves, se contuvo, y al cabo de poco descubrió que las cartas habían sido fraguadas por Aníbal, y que éste estaba en emboscada junto a los muros de la ciudad, suceso que algunos atribuían a especial favor de los dioses.

20

En cuanto a las defecciones de las ciudades y la deserción de los aliados, era Fabio de opinión que debían contenerse y excitarse en éstos el pudor, hablándoles suave y mansamente, sin descubrirles todo lo que se sabe y sin manifestarse del todo incomodado con los que se hacen sospechosos. Así se dice que habiendo entendido que un Marso, buen militar, y en linaje y valor muy principal entre los aliados, había movido con algunos pláticas de defección, no se irritó con él, sino que, reconociendo que injustamente había sido olvidado: “Ahora- le dijo-, la culpa ha sido de los jefes que distribuye en los premios por favor más que por consideración al mérito; pero, en adelante, culpate a ti mismo si no vinieses a mí y me dijese lo que echas menos”; y, dicho esto, le regaló un caballo hecho a la guerra y le remuneró con otros premios, con lo que desde entonces lo tuvo muy adicto y muy apasionado. Porque le parecía cosa terrible que los aficionados a caballos y perros borren lo que hay de áspero e indócil en estos animales, más bien con el cuidado, la suavidad y el alimento, que no con latigazos y ataduras; y que el hombre que tiene mando no ponga lo principal de su esmero en la afabilidad y la mansedumbre, portándose todavía con más dureza y violencia que los labradores, los cuales, a los cabrahigos, los peruétanos y los acebuches, los ablandan y suavizan injertándolos en olivos, en perales y en higueras. Refiriéronle asimismo los Centuriones que un Luqués se marchaba del campamento y abandonaba a menudo su puesto; preguntóles qué era lo que en lo demás sabían de su porte, y como todos a una le asegurasen que con dificultad se encontraría otro tan buen soldado como él, y al mismo

tiempo le indicasen aquellas proezas y hazañas suyas más señaladas, se puso a inquirir la causa de aquella falta. Informósele que, enredado aquel soldado en el amor de una mozuela, con gran peligro y haciendo largos viajes se iba cada día a verla desde el campo. Envió, pues, a uno sin noticia del soldado para que trajese aquella mujer, la que ocultó en su tienda, y haciendo venir sólo al Luqués: “No creas- le dijose me oculta que, contra los usos y leyes de la disciplina romana, has pernoctado muchas veces fuera del campamento; pero tampoco se me oculta que antes habías sido excelente soldado, que lo mal hecho hasta aquí quede compensado con tus valerosas hazañas; mas para en adelante ya tengo yo a quien encomendar tu guarda”. Maravillóse a esto el soldado, y haciendo salir entonces a la mujer: “Ésta- le dijo- me es fiadora de que ahora te estarás quieto en el ejército con nosotros, y tú con tus obras me harás ver si faltabas por algún otro mal motivo, y que el amor y ésta no eran más que un pretexto aparente”. Así se cuentan estos sucesos.

21

La ciudad de los Tarentinos, que por traición había sido tomada, vino a su poder en esta forma: militaba bajo sus órdenes un joven Tarentino que en el mismo Tarento tenía una hermana muy fina siempre y muy amante de él. Estaba enamorado de ésta un Breciano, oficial de las tropas que Aníbal había puesto de guarnición en la ciudad, y de aquí le nació al Tarentino la esperanza de salir con su idea; para lo que, con noticia de Fabio, se encaminó a casa de la hermana, diciendo a ésta que se había fugado. En los primeros días el Breciano se estaba en su casa, por pensar la hermana que aquel ignoraba sus amores; pero muy luego le dijo a ésta el joven que allá le habían llegado las nuevas de que tenía amistad con un hombre ilustre y de poder; por tanto, que quién era éste; porque si era distinguido, como se decía, y de una conocida virtud, la guerra, que todo lo confunde, hace poca cuenta del origen, y que nada hay que deshonne cuando media la necesidad; antes, en tiempos en que la justicia anda decaída, es una fortuna tener de su parte al que dirige la fuerza. Con esto la hermana hizo llamar al Breciano y se le dio a conocer. Bien pronto el hermano se puso de parte de éste en sus amores, y aparentando que trabajaba por hacerle más benigna y condescendiente a la hermana, se ganó su confianza; de manera que le costó poco hacer mudar de partido a un hombre enamorado y que estaba a soldada, con la esperanza de grandes dones que le prometió recibiría de Fabio. Así refieren este hecho los más de los escritores; pero algunos dicen que la mujer que ganó al Breciano no fue Tarentina, sino Breciana, también de origen, y concubina de Fabio, la cual, habiendo entendido que era su compatriota, y conocido suyo el que entonces mandaba los Brecianos, se lo propuso a Fabio, y yendo a conversar con él al pie de los muros, logró atraerlo y seducirlo.

22

Mientras se trataban estas cosas, maquinando Fabio llamar a otra parte la atención de Aníbal, envió orden a los soldados que estaban en Regio para que hiciesen correrías en el campo breciano, y, poniendo sitio a Caulonia, la tomasen por asalto. Eran éstos unos ocho mil hombres, desertores los más, gente de poco provecho, de los que de Sicilia habían sido deportados y notados de infamia por Marcelo, y de cuya pérdida poco sentimiento y daño había de resultar a la ciudad; esperó, pues, que poniendo a éstos ante Aníbal como un cebo, así lo echaría lejos de Tarento, lo que justamente sucedió, porque en su persecución corrió allá Aníbal con bastantes fuerzas. Al sexto día de sitiar Fabio a los Tarentinos, vino a él por la noche el joven que, ayudado de la hermana, tenía con el Breciano concertada la entrega, trayendo sabido y registrado el lugar donde el Breciano tendría el mando, y, cediendo, lo entregaría a los invasores. No dejó, sin embargo, que todo fuese obra de la traición, sino que, pasando él mismo al punto designado, esperó allí en sosiego, y, en tanto, el resto del ejército acometió a los muros por tierra y por

mar, moviendo al mismo tiempo mucho ruido y estruendo, hasta que, acudiendo los más de los Tarentinos por aquel lado a auxiliar y socorrer a los que defendían las murallas, el Breciano hizo a Fabio señas de ser aquel el momento oportuno, y, subiendo con escalas, se apoderó de la ciudad. En esta ocasión parece que se dejó vencer del orgullo, porque mandó dar muerte a los principales de entre los Brecianos, para que no se viera tan a las claras que el tomar la ciudad no se había debido sino a la traición, con lo que no consiguió esta gloria e incurrió en la nota de perfidia y de crueldad. Murieron también muchos Tarentinos, y los que se vendieron fueron hasta treinta mil; la ciudad fue saqueada por el ejército, y en el erario entraron tres mil talentos. Recogíanse y llevábanse asimismo todas las demás cosas de precio, y preguntando a Fabio el amanuense qué mandaba acerca de los Dioses, diciéndolo por las pinturas y las estatuas, “Dejemos- le respondió- a los Tarentinos sus dioses, con ellos irritados”. Con todo, llevando de Tarento la estatua colosal de Hércules, la colocó en el Capitolio, y al lado puso una estatua suya ecuestre en bronce, mostrándose en esto menos avisado que Marcelo, y antes dando motivo a que se hiciesen más admirables la humanidad y dulzura de éste, según que en su Vida lo dejamos escrito.

23

Aníbal, yendo en su persecución, no estaba ya más que a cuarenta estadios, y se dice que en público prorrumpió en esta expresión: “¡Hola! También los Romanos tienen otro Aníbal, pues hemos perdido a Tarento como lo habíamos tomado”, y que en particular se vio entonces por primera vez en la precisión de manifestar a sus amigos que antes había visto como muy difícil, mas entonces como imposible, sujetar la Italia con los medios que les quedaban. Triunfó por estos sucesos segunda vez Fabio, siendo este triunfo más brillante que el primero, como de fuerte atleta que ya medía sus fuerzas con Aníbal y en breve iba a deshacer el prestigio de sus hazañas, como nudos o vínculos que ya no tenían la misma fuerza, pues ésta por una parte se enervaba con el regalo y la riqueza y por otra parte se debilitaba y quebrantaba con inútiles combates. Era Marco Livio el que defendía a Tarento cuando se entregó a Aníbal; con todo, conservando la ciudadela, no fue arrojado de ella, y la mantuvo hasta que volvieron los Tarentinos a la dominación de los Romanos. Irritóse aquel con los honores tributados a Fabio, e inflamado un día, en el Senado, de envidia y de ambición, dijo que no era a Fabio, sino a él, a quien se debía la toma de Tarento; y Fabio, sonriéndose: “Es cierto- le contestó- porque si tú no la hubieras perdido, no hubiese yo tenido que recobrarla”.

24

Además de que en todo procuraban honrar a Fabio los romanos, nombraron cónsul a su hijo Fabio, y encargado éste del mando en ocasión en que estaba dando ciertas disposiciones para la guerra, el padre, o por vejez y enfermedad, o para probar a su hijo, montó a caballo y fue a pasar por entre los que allí concurrían y los que a aquel acompañaban. Vio el joven de lejos, y no se lo permitió, sino que envió un licitor con la orden de mandar al padre que se apease y fuera donde él estaba si tenía algo que solicitar del cónsul. Ofendió esta orden a los circunstantes, que volvieron en silencio los ojos hacia Fabio, por parecerles que no se le trataba como merecía; mas él, apeándose al punto y encaminándose a pasos acelerados hacia el hijo, le abrazó y saludó, diciéndole: “Muy bien pensado y muy bien hecho, hijo mío: esto es conocer a quienes mandas, y cuán grande es la dignidad de que estás adornado. De esta misma manera, nosotros y nuestros ascendientes hemos contribuido a la grandeza romana, poniendo siempre a los padres y a los hijos en segundo lugar después del bien de la patria”. Consérvase todavía en memoria que el bisabuelo de Fabio, que ciertamente llegó entre los Romanos a la mayor gloria y al mayor poder, habiendo sido cónsul cinco veces y conseguido triunfos muy brillantes de poderosos enemigos, fue acompañando, siendo ya anciano, a su hijo

cónsul a la guerra, que en el triunfo éste fue conducido con tiro de caballos, y el padre le siguió a caballo entre los demás muy regocijado de que, con imperar él a su hijo y ser el mayor entre sus ciudadanos, que así lo reconocían, tomaba, sin embargo, lugar después de las leyes y del que mandaba por ellas, aunque no le venía de esto sólo el ser un hombre extraordinario. Tuvo Fabio el pesar de que el hijo se le muriese, y sufrió su pérdida resignadamente, como hombre sabio y como buen padre, y el elogio que uno de los deudos dice en las exequias de los hombres ilustres lo pronunció él mismo presentándose en la plaza, y poniendo por escrito este discurso, lo dio al público.

25

Enviado por este tiempo a España Cornelio Escipión, había arrojado de ella a los Cartagineses, vencéndolos en diferentes batallas, y habiendo sujetado muchas provincias y grandes ciudades y hecho brillantes hazañas, había adquirido entre los Romanos un amor y una gloria cual nunca otro alguno. Eligiósele cónsul, y notando que el pueblo exigía y esperaba de él hechos muy gloriosos, el combatir allí con Aníbal lo tenía como por anticuado y por cosa de viejos, y, en vez de esto, meditaba talar a la misma Cartago y al África; llenándolas súbitamente de armas y de tropas, y trasladar allá la guerra desde la Italia, procurando con todo empeño hacer adoptar al pueblo este pensamiento. Mas Fabio trataba de inspirar a la ciudad el mayor miedo, haciéndole entender que por un joven de poca experiencia eran impelidos al extremo y mayor peligro, no omitiendo, para apartar de esta idea a los ciudadanos, medio alguno, o de palabra o de obra, y lo que es al Senado logró persuadirse; pero el pueblo sospechó que miraba con envidia la prosperidad de Escipión, y que recelaba no fuera que ejecutando éste algún hecho grande y memorable, con el que, sea que acabara del todo la guerra o la sacara de la Italia, pareciese que él mismo en tanto tiempo había peleado decidiosa y flojamente. Es de creer que al principio no se movió Fabio a contradecir con otro espíritu que el de su seguridad y previsión, temeroso del peligro, y que después llevó más adelante la oposición por amor propio y por terquedad, impidiendo los adelantamientos de Escipión; así es que al colega de Escipión, Craso, lo persuadió a que no cediese a aquel el mando, ni fuese condescendiente, y que si por fin se decretase lo propuesto, navegara él mismo contra los Cartagineses; y de ningún modo permitió que se dieran fondos para la guerra. Obligando, por tanto, a Escipión a ponerlos por su cuenta, los tomó de las ciudades de la Etruria, que particularmente le miraban con inclinación y deseaban servirle. A Craso le retuvieron en casa, de una parte, su propia índole, que no era pendenciera, sino benigna, y de otra, la ley, porque era a la sazón Pontífice máximo.

26

Tomó entonces Fabio otro camino para estorbar la empresa de Escipión, que fue el de oponerse a que llevase consigo los jóvenes que se proponían seguirle, gritando en el Senado y en las juntas públicas que no era sólo Escipión el que huía de Aníbal, sino que se daba a la vela sacando de la Italia todas las fuerzas que le quedaban, lisonjeando con esperanzas a la juventud y persuadiéndola a dejar padres, mujeres y patria, cuando estaba a las puertas un enemigo vencedor y nunca vencido. Y al cabo logró con estos discursos intimidar a los Romanos, por lo que decretaron que sólo pudiera emplear las tropas de Sicilia, y de la España no pudiera tomar más que trescientos hombres, aquellos que fueran más de su confianza; disposiciones que eran, sin duda, de Fabio, y muy conformes a su carácter. Mas después que, trasladado Escipión al África, vinieron prontamente a Roma nuevas de sus maravillosas proezas y de sus hechos extraordinarios, confirmadas con el testimonio de los ricos despojos, con la cautividad de un rey de los Númidas y el incendio y destrucción de dos campamentos a un tiempo, en los que fueron muchos los hombres, caballos y armas que se abrasaron, y después

que a Aníbal le fueron enviados correos de parte de los Cartagineses llamándole y rogándole que, abandonando aquellas nunca cumplidas esperanzas, corriese allá a darles auxilio; cuando en Roma todos tenían a Escipión en los labios, celebrando sus victorias, Fabio era de la opinión que se le enviase sucesor, no dando ningún otro motivo que aquel dicho tan conocido: “Que no deben fiarse negocios de tanta importancia a la fortuna de un hombre solo, porque es muy difícil que uno mismo sea constantemente feliz”. Con esto perdió con muchos el concepto, pareciéndoles descontentadizo y caprichudo, o que con la vejez se había hecho enteramente cobarde y desconfiado, llevando al último extremo el miedo de Aníbal, pues ni aun después de haber partido éste de Italia con todas sus tropas dejaba que el gozo de los ciudadanos fuese puro y sin zozobra, sino que decía que entonces era cuando contemplaba en mayor riesgo a la república, que corría al último peligro, por cuanto Aníbal en el África sería ante Cartago enemigo más terrible, oponiendo a Escipión un ejército caliente todavía con la sangre de muchos generales, dictadores y cónsules, de tal manera, que con tales ponderaciones de nuevo se contristaba la ciudad, y con estar ya la guerra en el África, el miedo les parecía que estaba más cerca de Roma todavía que antes.

27

Mas Escipión, habiendo vencido, al cabo de poco tiempo, a Aníbal en batalla campal, y destruido y hollado su arrogancia con la ruina de la misma Cartago dio a sus ciudadanos un gozo mayor que el que podía esperar y sentó sobre bases fijas su mando, que en verdad había sido de poderosas olas agitado. Pero no le alcanzó a Fabio Máximo la vida hasta ver el término de aquella guerra; así, no oyó la derrota de Aníbal, ni llegó a entender que la prosperidad de la patria era tan grande como segura, sino que, por el mismo tiempo en que Aníbal tuvo que salir de Italia, cayó enfermo y murió. Los Tebanos hicieron a costa del erario el entierro de Epaminondas, a causa de la pobreza en que murió, porque a su fallecimiento se dice no haberse encontrado en su casa otra cosa que una tarja de hierro. Los Romanos no costearon del erario las exequias de Fabio; pero, en particular, cada uno le contribuyó con la menor de las monedas, no como para ocurrir a su estrechez, sino para sepultarle como padre, en lo que recibió el honor y gloria que a tal vida correspondía.

Comparación de Pericles y Fabio Máximo

1

Ésta es la historia de la vida de estos dos grandes hombres; mas puesto que uno y otro han dejado señalados ejemplos de virtud en la parte militar y en la política, vaya, tomemos por principio en la parte militar el que a Pericles, habiendo tenido mando en un pueblo que iba prósperamente, y que siendo en sí grande florecía sumamente en poder, parece que la común buena suerte de que gozaba la república le daba seguridad y firmeza, mientras que las hazañas de Fabio, que en tiempos trabajosos e infelices se encargó de la ciudad, no se hubieron de limitar a mantenerla segura en la dichosa suerte, sino que tuvieron que mudar en bueno su mal estado. A Pericles, los afortunados sucesos de Cimón, los trofeos de Mirónides y Leócrates y las muchas grandes victorias de Tólmides más parece que le llamaban, cuando se puso al frente de la ciudad, a entretener a ésta con fiestas y regocijos públicos, que a vencer y tener que conservarla

por medio de la guerra; pero Fabio, cuando no tenía a la vista sino muchas retiradas y derrotas, muchas muertes y ruinas de generales y capitanes, los lagos, los campos y los bosques llenos de ejércitos destrozados, y los ríos teñidos hasta el mar de mortandad y sangre, apoyando y sosteniendo en sola su constancia y firmeza la ciudad, impidió que, trastornada con el sacudimiento de tantos errores ajenos, del todo se asolase. Y aunque acaso se tendrá por menos difícil tener a raya una ciudad humillada y hacerla obedecer por necesidad al que sobresale en prudencia que poner freno a la insolencia y temeridad de un pueblo engreído e hinchado con su prosperidad, que es como Pericles principalmente dominó a los Atenieses, con todo, el tamaño y muchedumbre de las desgracias que entonces acontecieron a los Romanos hicieron ver que era hombre del más firme juicio y de la mayor constancia el que no vaciló ni se apartó un punto de su propósito.

2

A la toma de Samo, conquistada por Pericles, podemos muy bien oponer la recuperación de Tarento, y a la Eubea, las ciudades de la Campania, pues que a Capua la restauraron los cónsules Furio y Apio. Fabio no parece que venció nunca en batalla campal, sino sólo cuando consiguió el primer triunfo; Pericles, por el contrario, erigió por tierra y por mar nueve trofeos, triunfando de los enemigos. Con todo, no se cuenta de Pericles una acción semejante a la que ejecutó Fabio sacando a Minucio de las manos de Aníbal y salvando íntegro el ejército de los Romanos, hazaña gloriosa, en que a un tiempo tuvieron parte el valor, la prudencia y la honradez. Mas tampoco se dice, por el contrario, de Pericles un desacierto como el que cometió Fabio burlado por Aníbal con el engaño de las vacas, pues teniendo entre manos a un enemigo que por sí mismo se había ido a encerrar en desfiladeros, le dejó escabullirse, por la noche ayudado de la oscuridad, por el día sostenido de la fuerza, madrugando más que el que estaba en acecho y venciendo al que le tenía preso. Y si es propio de buen general no limitar sus miras a lo presente, sino conjeturar con acierto sobre lo futuro, la guerra para los Atenieses tuvo el fin que Pericles había previsto y pronosticado, pues que por abarcar mucho perdieron su poder, y los Romanos, por haber enviado a Escipión contra los Cartagineses, a pesar de la oposición de Fabio, de todo se hicieron dueños, no por un capricho de la fortuna, sino por el valor de su general, que triunfó de los enemigos; de manera que, en cuanto a aquel, los mismos males de la patria dan testimonio de que había pensado con discreción, y a éste las mismas victorias le convencen de que anduvo errado; y en un general, igual falta es caer en un daño que no esperaba, que perder por desconfianza la ocasión de una victoria, pues, a lo que parece, la ignorancia es la que ora da y ora quita la resolución. Esto es lo que hay que observar en la parte militar.

3

En el orden público, para Pericles es un gran cargo la guerra, pues se dice que se arrojó con ímpetu a ella, no permitiendo, por su indisposición con los Lacedemonios, que se cediese; mas juzgo que tampoco Fabio habría cedido en nada a los Cartagineses, sino que generosamente habría sostenido la contienda sobre el imperio. La bondad y mansedumbre de Fabio para con Minucio es una reprensión del encono de Pericles contra Cimón y Tucídides, hombres de probidad y muy principales, enviados por su causa a destierro por medio del ostracismo. En Pericles eran mayores el poder y el influjo; por esto no consintió que ningún otro general arrojase con sus malos consejos a la ciudad en el infortunio, y sólo Tólmides, guardándose de él, y aun descartándole a la fuerza, fue desgraciado con los Beocios; todos los demás se acomodaban a su modo de pensar por la grandeza de su poder. Mas a Fabio, siendo por sí firme e incontrastable, parece que le faltó influjo para reprimir a los otros, pues no se habrían visto los Romanos en tan grandes aflicciones si sobre ellos hubiera tenido Fabio tanto

ascendiente como Pericles sobre los Atenienses. En cuanto al desprendimiento de las riquezas, Pericles lo acreditó con no recibir nada de los que le hacían dones, y Fabio, con alargar la mano a los necesitados, rescatando los cautivos con su propio caudal. Aunque respecto de éste la suma no fue crecida, sino como seis talentos, y respecto de Pericles, no computaría nadie fácilmente con cuánto habría sido regalado y obsequiado de los aliados y de los reyes, pues que nadie se lo estorbaba, a no haber querido mantener su integridad y pureza. En lo que hace a la grandeza de los edificios y de los templos, y al grande aparato de obras de las artes con que Pericles hermoseó a Atenas, no puede entrar con ellos en comparación todo cuanto en esta línea hicieron de grande los Romanos antes de los Césares, sino que en ella la grandeza y elegancia de tales obras tuvo una primacía excelente e indisputable.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

